

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización a los suscritores.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización a los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID; Revista de Teatros; Noticias de Madrid.—SEMANA HISTORICA; Historia contemporánea; Maria Estuardo.—SEMANA JUDICIAL; Causa contra Antonio Perez, ministro de Felipe II.—OCHO ADAGIOS ESPAÑOLES.—SEMANA LITERARIA; El último abate; Episodio marítimo; La Noche buena de 1841 en el estrecho de Gibraltar.—SEMANA RELIGIOSA; La Navidad. En la edad media. En nuestros días. Efemérides religiosas.—SEMANA MOSAICO; El Arabe y el Persa; anécdotas, máximas, miscelánea poética, calendario atmosférico, gaceta devota, calendario de la semana, logogrifo, solución del anterior, etc.
Este número lleva trece grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. El día 10 de diciembre aniversario del nombramiento del presidente de la república, día para el que se anunciaba un golpe de estado, ha pasado con la mayor tranquilidad, habiendo asistido Luis Napoleon al convite que le ha dado la ciudad de París en el palacio de su ayuntamiento, habiendo sido recibido con el mayor entusiasmo, en que contestando al brindis propuesto a su salud, declaró en presencia de las autoridades y del cuerpo diplomático, que entre la Asamblea y él, existía una comunidad de origen y de intereses como salidos todos del sufragio popular, y aspirando al mismo objeto, la consolidación de la sociedad y la prosperidad del país.

La revista que debía celebrarse este día y de que hablamos en la semana anterior, esta señalada para el día 13, noveno aniversario de la llegada a París de las cenizas de Napoleon, el grande emperador, cuyo sepulcro se halla en el cuartel de los Inválidos, aquellos mutilados restos de las glorias del imperio.

El día 11 empezó a discutirse en la Asamblea nacional la cuestión del impuesto de las bebidas, cuestión cuyo solo anuncio produjo rumores de crisis ministerial que no ha tenido efecto. Esta cuestión ha durado varios días y el 14. Mr. Montalembert ha pronunciado un magnífico discurso en favor del impuesto, y otro Carlos Dupin, que escitaron las mas violentas interrupciones y gritos, dando la montaña en esta ocasión una nueva prueba de sus costumbres parlamentarias y de su intolerancia. Los diputados de la montaña estaban tan furiosos que fué necesario suspender la sesión, y aun continúa sin decidirse esta cuestión que los publicistas franceses juzgan necesaria é indispensable a la tranquilidad actual, y al porvenir moral de aquella gran nación.

La Francia ha conseguido una nueva victoria en la Argelia. Zaateha, contra la que habían marchado las tropas de la república, fué tomada por asalto el 26 de noviembre á las ocho de la mañana. Boumkien, y el Scherif Mousa-Bou-Amar, y todos los defensores, en número de setecientos á ochocientos, se dejaron matar con el mayor valor antes de rendirse. Los franceses perdieron solo cuarenta hombres y tres oficiales.

En Inglaterra se ha celebrado con la mayor solemnidad y religioso recogimiento los funerales de la reina viuda de Guillermo IV. El pueblo todo ha manifestado su sentimiento por la pérdida de tan excelente princesa, que hasta en su muerte ha querido dar un testimonio de lo mucho que apreciaba á la marina, ordenando que su féretro fuese conducido por ocho marineros.

Continuaba hablándose de crisis ministerial; empero hay grandes dificultades para la formación de un nuevo ministerio, atendidas las circunstancias especiales en que se hallan los partidos políticos en la Gran Bretaña. Parece inevitable la salida del gabinete de lord Palmerston y aun de lord Jhon Russel.

El día 13 ha muerto en Londres á la edad de ochenta y un años el célebre ingeniero francés Mr. Brunelle. Las maravillas de que tanto se preciaba la antigüedad, son cosas pequeñas al lado de la obra portentosa que el proyectó y supo realizar, y que admira á los futuros siglos. El túnel ó camino subterráneo que pasa por debajo del Támesis, y sobre cuyo camino es

tal la profundidad y caudal del río, que están anclados navios de línea.

ITALIA. Como habíamos anunciado, las nuevas elecciones hechas en la Cerdeña han sido ganadas con gran mayoría por el partido conservador.

Aunque se anunciaba la vuelta del papa Pío IX á Roma para el 13 de diciembre, y á pesar de haber marchado á Pórtici el general francés Baraguay-Hilliers, no se ha verificado, ni se sabe aun cuando se verificará. Aseguran que el Pontífice tiene grandes deseos de volver á su capital; empero que desea obtener la seguridad de estar en ella libre é independiente, siendo soberano de hecho como lo es de derecho, siendo difícil combinar la independencia de la soberanía, con la presencia de un ejército de ocupación, y mas siendo este ejército de una nación cuyas alteraciones en la política son muy posibles á cada momento en la actualidad, y cuyos sacudimientos hacen estremecer todo el mundo político.

El ejército expedicionario español ha abandonado ya la Italia. Solo quedan el Austria y la Francia en la península itálica.

El Austria, despues de haber sofocado la nacionalidad húngara y de haber desplegado un bárbaro rigor en aquel país, trataba de intervenir con un ejército en Sajonia que tenía algunas diferencias con la Prusia sobre su adhesión á la constitución alemana. Un ejército austriaco ha marchado sobre las fronteras de Sajonia, cuando Viena, la capital del imperio, se ha conmovido por la supresión de algunos periódicos, y ha sido declarada en estado de sitio, aguardándose con ansiedad en toda Europa las noticias ulteriores de tan grave suceso.

La cuestión turco-rusa, y la de la Dinamarca con los ducados van, como anunciamos en la semana anterior, cediendo sin incidentes de importancia. Estas cuestiones se simplifican, y los gobiernos se hacen mutuamente concesiones disponiéndose á transigir por interés del reposo y seguridad porque Europa suspira aunque no quiere sacrificar la libertad, á cuyo objeto se ha dirigido en la primera parte del siglo XIX todo el trabajo social de la Europa.

INTERIOR. No ha habido la menor alteración en ninguna de las provincias de la monarquía en esta semana. En casi todas ellas ha comenzado á efectuarse el plan propuesto por el ministerio de la Guerra para la formación de la reserva del ejército marchando á sus casas una gran parte de los soldados del ejército, que las circunstancias de paz y tranquilidad en que se halla la nación permiten regresar á sus hogares con notable economía del erario público.

Continúan llegando los buques que trasportan á nuestro país la expedición que marchó á Italia, y que hacen una observación de tres días en el lazareto de Mahon. El estado de salud de nuestras tropas es el mas brillante y satisfactorio en general, pues en ninguno de los puntos donde han estado nuestros soldados afortunadamente había aun aparecido el cólera.

Los trabajos de los cuerpos colegisladores no han sido interesantes en esta semana, y probablemente no presentarán ya grande animación hasta pasadas las Pascuas, que comenzará la discusión de los presupuestos, cuyo examen ha terminado ya la comisión general.

El Senado celebró sesión el día 18 ocupándose en aprobar las cualidades de los nuevos individuos nombrados por la corona para ocupar un puesto en este cuerpo colegislador. En el Congreso de los diputados en aquel mismo día se leyó el dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley presentado por el gobierno para la contabilidad, en el que ha disendido el señor diputado Morón, presentando un voto particular sobre la misma materia. El conde de Torreorgaz presentó una proposición que apoyó ligeramente sobre incompatibilidades para ser diputado, la que el Congreso no tomó en consideración.

El viernes 21 volvió por segunda vez á reunirse el Congreso. Aprobáronse varias actas; empero en la de San Lúcar la Mayor, en que ha sido nombrado diputado el señor Espino, oficial del ministerio de la Gobernación, hubo un acalorado debate entre el diputado

Sanchez Silva, y el ministro conde de San Luis. El acta fué aprobada en votación nominal.

El diputado Rivero esplanó una interpelación sobre los amaños é ilegalidades que dijo haber empleado el gobierno en las elecciones de ayuntamientos, y señaladamente en Madrid. Contestó el ministro de la Gobernación, y defendió su conducta como gefe político de esta capital el diputado señor Zaragoza. El señor Lujan tomó la palabra en apoyo de la interpelación; pero como la hora fuese bastante avanzada, y escaso el número de diputados asistentes, contado el número, y no siendo el necesario para poder constituir sesión, se levantó esta, que continuó al día siguiente sobre la misma materia, hablando el señor Lujan y el ministro de la Gobernación.

Repetimos que creemos que hasta que pasen las festividades de la Pascua, no comenzarán con vigor las tareas de los cuerpos colegisladores.

Se han comenzado con grande actividad de nuevo los trabajos del ferro-carril de Madrid á Aranjuez, y como estos cuando se suspendieron desgraciadamente hace dos años estaban muy adelantados, hemos oído á personas competentes, que para el próximo mes de junio estará en estado de transitarse por él, hallándose los vagones, coches y trenes necesarios ya en Alicante. Tiempo era ya de que se diese una preferente atención á los caminos de hierro en España, esa preciosa conquista de la civilización y progresos del siglo XIX!!!

ACTOS DEL GOBIERNO.

Una real orden expedida por el ministerio de la Gobernación del reino, y comunicada al de Gracia y Justicia para que desde 1.º de enero próximo certifiquen las autoridades, empleando los mismos sellos que los particulares, es lo único que ha publicado la Gaceta oficial en la última semana, insertando también la división judicial del caso de Madrid.

Revista de Madrid.

Cuando el invierno de 1849 comenzaba á asomar su descarnado y macilento rostro por entre los bellos días del otoño, los habitantes de Madrid se estremecieron de espanto al ver los terribles espectros y las siniestras sombras que acompañaban en su aparición al arrugado y entumecido viejo. Los robos, los asesinatos, las violencias, las heridas, formaban la parte mas notable de los acontecimientos de la culta capital de España. El castigo era inútil para otro que no fuese el delincuente mismo. Nadie quería escarmentar en cabeza ajena.

Entonces la municipalidad de Madrid, tan célebre por muchos títulos y conceptos, creyó llegar el caso de tomar algunas medidas para evitar tamaños males y restablecer la tranquilidad que había desaparecido completamente de entre nosotros. Trabajo para los operarios; medios de subsistencia para las familias pobres; vigilancia sobre los vagos; patrullas por las calles de la población durante la noche; rondas de seguridad pública; aumento de serenos, duración del alumbrado hasta la hora de amanecer: todos estos planes se anunciaron al público y circularon en letras de molde por todo el vecindario de Madrid.

¡Oh mágico poder de la palabra y de los esfuerzos del entendimiento humano! ¿Se acuerdan vds. del famoso proyecto de los canalones, que dió por resultado el de tener hoy día sobre nuestras cabezas un sin número de vertederos de aguas pluviales? ¿Se acuerdan vds. de la célebre cuestión del pan, cuyo resultado fué el de hacer ricos á todos los panaderos de Madrid? Pues el resultado de estos proyectos fué todavía mas asombroso. Al oír que se hablaba de vigilancia nocturna y de duración del alumbrado, los serenos se quedaron dormidos, y los faroles se apagaron como por magia y encanto á poco mas de la media noche.

Y Dios, que vió tales cosas, envió sobre los serenos una espesísima niebla para que les sirviese de blanda cobertura en las horas de su sueño.

Porque es menester confesarlo: la húmeda y densa neblina de estos días ha producido sobre las cabezas de los vigilantes nocturnos el mismo efecto que, al decir los poetas, producían los blandos y deliciosos cefirillos, revoloteando sobre la frente del amor dormido.

Pero congratulémonos de estos resultados; porque con ocasión de la niebla, de la oscuridad y de los serenos durmientes, el público de Madrid ha presenciado en estos días una discusión altamente provechosa y fecunda en resultados para el país. Héla aquí.

«Los serenos se acuestan en los portales.—No puede ser, porque los portales están cerrados.»

«Pues duermen en los quicios de las puertas.—No se duermen, porque están de conversacion.»

«Las calles están á oscuras.—Eso es que á los faroles les falta aceite.»

«Se cometen muchos robos.—Eso consiste en que hay ladrones.»

«Los serenos debieran ser mas vigilantes.—Estaremos á la mira.»

«Los dependientes de policía no cumplen con su deber.—No será porque les falte un corregidor y diez tenientes de alcalde que los vigilen.»

Y en efecto es verdad. La municipalidad de Madrid se compone de un alcalde corregidor, diez tenientes de alcalde y un sin número de regidores, todos los cuales pertenecen á esas clases de la sociedad que se dicen notables por su posición y por su talentos. Y sin embargo, la municipalidad de Madrid no ha llegado á comprender todavía en que consiste que los faroles se apagan á la una de la noche. Está visto que el contrabista del aceite tiene mas talento que todos los señores municipales reunidos.

Pero todavía abrigamos una lisonjera esperanza; todavía confiamos en que alguno de nuestros municipales vaya á París, y vea las calles iluminadas toda la noche, con una luz casi igual á la del día; todavía imaginamos que esta novedad ha de hacerle grande efecto, y que con el frac del último figurin nos ha de traer para acá esa moda nueva, siquiera porque se estila en París. Para entonces confiamos nosotros en tener un alumbrado que dure hasta las primeras horas del día: entonces escribiremos sobre todas las esquinas el siguiente letrero: «Alumbrado para toda la noche: se comenzó á estilar siendo corregidor de Madrid el señor don N. de N.»

Por cosas de menos valer están llenas de letreros las puertas y los asfaltos de las calles de Madrid.

Estas reflexiones se hallaban tan adheridas á nuestro pensamiento durante los días de la anterior semana, que no sabemos si al escribir esta revista nos hubiese sido fácil ocuparnos de otra cosa. Felizmente al llegar aquí hemos tenido á tiempo un aviso de que no íbamos por el verdadero camino. Un confuso tropel de tambores acaba de pasar por debajo de nuestros balcones, metiendo tanta bulla y algazara, que no parece sino que todos ellos se han aprendido de memoria el nuevo villancico del señor Ovejero, titulado «Armen estrépito.»

Estamos en vísperas de la Noche-Buena de 1849, en los días de la algazara y del bullicio. Las nieblas han dejado ya de velar el límpido horizonte de Madrid, y el sol claro y hermoso ha vuelto á recobrar sus perdidos fulgores.

Olvidémonos, pues, de todo lo pasado para gozar por completo de las delicias del presente, para disfrutar de la época mas alegre y animada de todo el año.

A los implacables enemigos del invierno, á los que no dejan de declamar un solo instante contra las tristezas de diciembre y enero, á los que desean la vuelta de la primavera por procurarse diversiones y pasatiempos, queremos preguntar de buena fé si conocen una temporada mas bulliciosa y divertida, donde la animación y la alegría sean tan unánimes, tan espontáneas, tan universales como en los días de Pascua de Navidad, del año nuevo y de la función de los Reyes. ¿Encuentran ellos por ventura en nuestro insulso carnaval, en el entierro de la sardina, en nuestras pobres romerías, en nuestras ferias de trastos viejos, en la pradera de San Isidro ó en cualquiera otro de los pasatiempos que nos ofrecen las diversas épocas del año, un solo día en que el regocijo y la algazara sean tan completas como entre los frios y las lluvias de la Noche Buena?

Desengañense los enemigos de esta cruda estación, bajo cuyo prolongado dominio se celebran tantos festejos, se dan tan buenos bailes, se abren tantos teatros, se pasan tan agradables noches, se fomentan tantos amores, y se contraen tantos vínculos que inauguran la felicidad de toda la vida: el invierno es una de las buenas estaciones del año: los deliciosos paseos de primavera, las tranquilas alboradas del verano, y las serenas tardes del otoño no tendrían para nosotros la mitad de su belleza si les quitásemos los gratos recuerdos que siempre llevamos en ellas de las largas veladas del invierno.

La Noche-Buena es, á no dudarlo, uno de los mas bellos episodios que nos ofrecen los anales del invierno. En ese día los tambores, las panderetas, las chicharras y las zambombas, los turriones, los dulces, los mazapanes de Toledo y los capones, toman por asalto todos los barrios de la ciudad. A cualquier parte que dirija sus pasos el transeunte ha de encontrar innumerables pavos que se pasean á las espaldas de los mozos de cordel, y cajas de dulces que mudan de domicilio y van pasando como las letras de cambio á la órden de nuevos tenedores. La teoría del libre comercio no reconoce estos días en la práctica cortapisas de ninguna especie.

Por otra parte, si todas las festividades del año tienen, á no dudarlo, un fin mas ó menos directo y conocido, seguros estamos de que no se atreverá nadie á rechazar el que se propone la pascua de Navidad. Otros días del año están destinados á bailar, á pasear, á divertirse buenamente y á secas: la Noche-Buena se consagra á cenar: es verdad que no pasa de ser una colación; una humilde colación, en que los habitantes de Madrid devoran los productos de media España.

A.

Revista de teatros.

La prensa y el público están llamados en estos días á decidir una importantísima cuestión teatral, una cuestión ante cuyo interés se desvanece completamente el de todas las demas cuestiones que dicen relación al arte escénico. No vayamos, pues, á ocuparnos de si los *Amantes de Teruel*, refundidos por su autor, han correspondido á las esperanzas del público; de si serán brillantes y concurridas las funciones de Noche-Buena; de si se acerca el día en que debe ponerse en escena el drama *Isabel la Católica*, y de la vida y el porvenir que aguarda al abatido teatro del Drama y al presunto teatro de la Opera. Si deseamos satisfacer hoy la ansiosa curiosidad de los concurrentes á los teatros de Madrid, contestemos primeramente á estas preguntas: —¿La Petra Cámara baila mas que la Vargas y la Nena? ¿Son estas los satélites de aquel astro, ó mas bien ella la luna de estos dos soles? ¿Cuál de las tres tiene mas gracia, mas soltura, mas garbo, mas agilidad, mas escuela, mas méritos en el arte coreográfico?

Desgraciadamente para nosotros, que no entendemos gran cosa de baile, ni somos muy aficionados á ese género de habilidades, no nos es fácil satisfacer á estas preguntas. El gusto no ha hecho en nosotros tan rápidos progresos como en los innumerables apasionados que tienen estas tres hijas de Terpsicore. Así es, que después de pedir perdón á la Astronomía por tanta multiplicación de soles, solo diremos que en nuestro concepto, cada una de estas bailarinas tiene la preferencia para sus amigos, y juega el principal papel en el coliseo donde se presenta.

De todos modos nos cumple decir que la aparición de la Petra Cámara en el Teatro Español no ha satisfecho hasta ahora las esperanzas de los que tanto ansiaban verla lucir sus gracias en el primer coliseo de la corte.

Muy pocas noches antes se habían puesto en escena los *Amantes de Teruel*, refundidos por su autor, el señor Hartzenbusch. Por grande que fuese el mérito de este drama, saludado en su primera aparición con universales aplausos, afeándole algunas incorrecciones, que aunque muy leves, se hacían notables por recaer en una obra maestra. El señor Hartzenbusch, no se ha limitado en verdad, á corregir los defectos de que pudiese adolecer su bello drama: ha ido mas allá todavía, deseando mejorarle; y fuerza es conocer que la mejora ha sido completa, si exceptuamos algunos pasajes, que, en nuestro humilde juicio, nos parecían mejor en la antigua edición del drama.

La ejecución fué excelente y acabada por parte de los actores. La Teodora Lamadrid y el señor Valero arrancaron en mas de una ocasión unánimes y merecidos aplausos.

A estas pueden reducirse todas las novedades teatrales de la anterior semana, porque no creemos que pueda tenerse por novedad el beneficio de la Vargas en el teatro del Instituto, compuesto de piezas repetidas por la centésima vez en el mismo teatro. Así como así, el coliseo de la calle de las Urosas tiene la incomparable felicidad de verse lleno en cuanto anuncia una función de beneficio formada de exóticas antigüedades y de piezas andaluzas. Los beneficiados deben estar muy contentos de ello, y pueden agradecer una gran parte de este éxito á las bellas caras que componen el cuerpo de baile de aquel teatro.

Entre tanto dispone para muy en breve su función de apertura el teatro de la Academia, vulgarmente llamado de los Basilio, poniendo en escena para ese día la comedia de costumbres titulada *Los amigos in-*

timos, obra de un autor ventajosamente conocido del público por otras producciones. Creemos que el teatro de la Academia, adonde va á trasladarse la compañía del de Variedades, alcanzará mucho favor de parte del vecindario de Madrid, y vendrá á ser el punto de concurrencia de la numerosa y escogida sociedad que puebla los barrios contiguos al mismo.

Por lo pronto en su ejecución se han observado todas las reglas necesarias para hacer de él un verdadero teatro, el único teatro que tenemos hoy en Madrid, atendida su forma y proporciones. Su entendido director, el arquitecto don Carlos de Bosch, ha tenido presentes todos los principios y reglas de óptica y de acústica para conseguir el fin que se ha propuesto en esta obra. Ha dado á la sala del teatro una forma perfectamente elíptica, cuyo foco principal está en medio de la escena, en el parage donde habla el actor de suerte que con esta base de construcción, y la de no haber dado al eje mayor de esta elipse mas tensión que la de 70 pies, el sonido de la voz no podrá ser vago ni confuso, sino que se transmitirá íntegro y sin disminución alguna á cualquier punto en que se halla situado el espectador.

Otra de las circunstancias que influyen mucho en la percepción del sonido es el revestimiento del teatro, hablando en términos facultativos, ó usando del lenguaje vulgar, la materia de que estén construidas las paredes y techos de la sala; para lo cual está muy recomendada la madera, que convirtiéndola en un gran tambor, produce el rechazo de la voz y la devuelve de todas partes al auditorio. Pero el arquitecto no ha querido amontonar en el teatro tanta materia combustible y ha formado la pared elíptica de dos tabiques sencillos, entre los cuales media un espacio vacío, y el techo de bastidores de lienzo, sobre los que se eleva magestuosa, dejando otro vacío enorme, la cúpula de la iglesia en cuyo crucero está construido el teatro.

Por último, los decorados y los adornos serán de gusto elegante, aunque sencillo. Habrá en medio una excelente lucerna iluminada con gas, y quinqués adherentes al antepecho de los palcos.

Tales son las noticias que hemos adquirido examinando detenidamente esta obra.

También hay preparativos de función lírica en el teatro de Palacio. Siguen sin intermisión los ensayos de la *Straniera*, y hay un empeño formal de parte de su director en que su ejecución sea tan igual y acertada como la de *Ildegonda*, que puso en escena no ha mucho su joven autor don Emilio Arrieta. Mas adelante esperamos ver la *Conquista de Granada*, ópera que por espreso mandato de S. M. escribe el mismo señor Arrieta y que en algunos de sus trozos, que hemos tenido ocasión de oír no ha muchos días, nos parece superior á la *Ildegonda*.

Por otra parte, la real cámara acaba de adquirir un excelente refuerzo de notabilidades filarmónicas. S. M. ha nombrado cantantes de la misma á la señora de Vega, á la señorita doña Sofía Vela, y al señor don Lázaro Puig (Flavio) actual tenor de la ópera italiana de París.

Entre tanto yace en el mas completo olvido y en el mas profundo silencio el teatro de la Plazuela del Rey, aquel teatro, cuyas puertas, según afirmaban no ha mucho los periódicos, se abrirían con una gran compañía de ópera en la que debían figurar algunos de los primeros cantantes del mundo.

A.

La seducción comienza á desplegar todos sus escitantes recursos contra los bolsillos de los habitantes de Madrid.

Bajo la forma de turriones, mazapanes y conservas sorprende por todas partes á los benévolos maridos á los complacientes papás. Seguro esté cualquiera de tropezar hoy en cualquier sitio de la corte con tales provocaciones, que ocasionan mas de una dentadura acarrean mas de un compromiso.

Los confiteros se han esmerado para explotar las costumbres gastronómicas de estos días. Hasta que punto conseguirán su objeto, lo ignoramos; pero es lo cierto que difícilmente podrá tenderse á los incautos y aficionados una red mas cautelosa que la que encierran los numerosos aparadores lujosamente engalanados que se ven en todas las calles, y que despiertan la curiosidad y avivan la golosina de los transeuntes.

VINO DIOS AL MUNDO. Y con él la redención de los hombres; lo cual se celebra todos los años en estos días con gran copia de turrón, dulces, y sobre todo con el rico mosto de la uva. No deja de ser abundante el surtido por este tiempo, pero en el año actual hay novedad de algun interés. Entre ellas en el almacén del Colmado en la calle de Sevilla, antes ancha de Peligros, núm. 7, nos han hecho ver una magnífica biblioteca inglesa con mas de doce mil botellas de todas clases de vinos generosos y licores. Recomendamos á los aficionados el estudio de tan opípara colección.

SEMANA HISTORICA.

ADVERTENCIA.

A pesar de los datos con que contábamos al comenzar la historia de la misteriosa insurrección de Cataluña en 1827, no creímos sino dar una ligera idea de ella. Pero publicados los primeros artículos se han recibido tantos y tan notables documentos, que quedaria mutilada tan interesante historia si no hiciéramos uso de ellos, lo cual es necesario además para comprenderla bien.

La insurrección de Cataluña en 1827 fué el preludio de la guerra civil que terminó en 1840 y se reprodujo en 1845, para deponer a los tres años unas armas que están mas bien ocultas que entregadas.

A continuación seguirá, como ofrecimos, la biografía del emperador Nicolás, con algunas observaciones sobre el estado actual de la Rusia, esa helada cabeza de la Europa que absorbe hoy la atención del mundo.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

XXIII.

Era una tarde del mes de setiembre cuando se encontraron en las inmediaciones de Reus dos sujetos, que dándose las manos entablaron este diálogo:

—¿Sabe vd. que viene el rey?..

—Sí, y Calomarde...

—Lo siento...

—Al contrario; nos evita ir á buscarles.

—¿Pues qué intenta vd?

—Oígalo vd.; y agarrándose del brazo, se alejaron de Reus, concertando el plan que trataron poner en ejecución á los pocos días.

El 27 se reunían en Reus mas de 4,000 voluntarios realistas. Su objeto aparente era formar en el camino real para hacer los honores de S. M.; mas ninguna autoridad legítima les habia comunicado tal orden: antes por el contrario, para evitar esta operacion de los realistas, se colocó el jefe de E. M. señor Carratalá, con su columna y dos piezas de campaña, en Villaseca, como punto mas inmediato á Reus; conteniendo así el designio de los rebeldes, que no era otro que el de apoderarse del rey. La mayor parte de los insurrectos se retiraron entonces á los altos de Villaseca: algunos se dirigieron á la villa de Reus con ánimo de robarla, y lo hubieran conseguido á no interponerse dos compañías de cazadores y una mitad de caballería, que arrojaron de las calles á los realistas, trabándose un pequeño tiroteo que ocasionó pérdidas á ambos combatientes.

El mismo rey pudo oír los tiros que casi á su presencia se disparaban: lo veía, y apenas creía tanta temeridad. Fernando, aunque no era pusilánime, no dejaba de conocer lo crítico de las circunstancias, porque sabía cuáles eran los autores de la rebelión.

—«¿Qué se dice por aquí?» preguntó el rey á uno de los gefes que le salieron á recibir en Tarragona.—Señor, le contestó, dicen que algunos frailes...—Ya, ya lo sé, añadió riéndose, y tambien hablan de Calomarde, ¿eh?.. por eso le traigo conmigo.»

Frustrado el plan de apoderarse de Fernando, solo quedaba el recurso de combatir; y á él apelaron. Con las fuerzas que contaban pudieron haber conseguido su primer objeto; pero carecian de una dirección enérgica y entendida. Si el plan no se hubiera divulgado, lo efectuarían; pero la mayor parte de los realistas que miraban en el rey la verdadera representación de la divinidad, que acataban su soberanía de derecho divino y la veneraban, se horrorizaban á la sola idea de coartar su voluntad. El aprisionarle fuera para ellos la mayor herejía. Por eso odiaban de corazón á los que en la anterior época constitucional se atrevieron á destituir al rey y hacerle salir de Sevilla.

Las tropas que protegían el viaje de S. M. eran escasísimas: solo el prestigio que rodeaba al monarca y la actividad y decisión de los gefes y tropas leales fueron las que le salvaron.

XXIV.

La marcha del rey á Cataluña atemorizó á los autores de la rebelión. Posteriores sucesos les hicieron conocer que no podían contar con todos los que se llamaban sus servidores. Fernando llegó á poseer algunos secretos, y esto que se supo en el comité revolucionario de Madrid, dió margen á la siguiente carta é instrucciones interceptadas en Cataluña por el coronel don Manuel Breton, hoy conde de la Riva.

—Madrid:—hoy 26 de setiembre.—Amigo: si los valientes sucumben sin que el rey nuestro señor les cumpla esas condiciones, todos irán al palo, unos tras de otros. Si fían en palabras son perdidos. Si Calomarde logra engañarlos, desgraciados y desgraciada España: se establecerán las cámaras, se reconocerá la independencia de las Américas y el imperio masónico se radicará. No fiarse, amigo mio; el rey es masa, los masones le han hecho salir; todos los que van con él lo son: Merás, Albudeite, Castelló, Calomarde y los que van de incógnitos un día despues que S. M.—Romagosa es traidor: vino aquí en dos sentidos, comió con el traidor Calomarde y le dieron cuarenta mil duros para seducir, engañar y dividir á esos infelices.—Alerta y no fiarse.

Condiciones con S. M.

1.^a Que se mande la rigurosa observancia del real decreto de 1.^o de octubre de 1823.

2.^a La extincion de las sectas por cuantos medios estén al alcance.

3.^a La organizacion, fomento y proteccion de voluntarios realistas y separacion de Villamil.

4.^a La extincion del ejército actual y la formacion de otro enteramente realista, minorando ó reduciendo al número menor posible.

5.^a Separacion de dicho ejército de todos los oficiales á quienes los inspectores y ministros han colocado siendo conocidamente constitucionales.

6.^a Igual medida con respecto á los demas empleados constitucionales en todos los ramos del estado.

7.^a Anulacion de todas las corporaciones y establecimientos nuevamente creados y no conocidos en la nacion; como policía, instruccion pública, junta reservada de estado y otros de esta clase.

8.^a Nueva clasificacion de empleos y grados, en que no intervengan sino personas notoriamente realistas, conocidas por hechos positivos, prefiriendo á los que hayan estado entre las filas realistas contra la constitucion.

9.^a Exclusion total de empleo y mando de todo voluntario nacional, mason, comunero y sectario.

10. Formacion de causa al ministerio actual.

11. Juntar un concilio nacional para fijar las verdaderas máximas religiosas.

12. Establecer una junta con solo el objeto de velar sobre la observancia de las leyes y órdenes de S. M. é informarle sobre las que de algun modo contrariaren su real servicio; cuya junta podrá ser de personas, selectísimas por su probidad y realismo entre todos los consejos.

13. Restablecimiento del santo tribunal de la Inquisicion, pero con exclusion de los jansenistas que en él habia; y prohibicion de entrar en él los Monteros, Perez y otros de este jaez.

14. Extincion absoluta y perpetua del consejo de Ministros; reforma ó separacion de algunos individuos del consejo de Estado, como Castaños, Peralta, Erro, Elizalde, etc.»

XXV.

Este importantísimo documento retrata fielmente la insurrección de 1827. Prescindiendo del contenido de la carta, no dejaremos de observar que la equívoca y misteriosa conducta de Calomarde, aquel ministro predilecto, mas diestro cortesano que político, y con mas ambicion que talento, justificaba la convicción que se tenia respecto de su poco honroso proceder. Contaba con Calomarde el partido apostólico, y cuando le mandó el rey le acompañase en su viaje, correspondió indignamente con sus amigos, á quienes es fama que acusó en vez de salvar. De aquí data aquella enemistad que posteriormente demostró el partido carlista á aquel favorito de la fortuna que, con la librea de page, ambicionaba los bordados de ministro.

Debiendo su primera elevacion á unos mentidos amores que al ser cándidamente correspondidos fueron con perfidia recompensados, siguió su carrera política aprovechando la oportunidad de amoldarse á las circunstancias. El desaire que le hicieron sus paisanos negándole su voto para que los representara en las cortes que dieron á España el código de 1812, desaire que nació de la desconfianza con que miraban al protegido de Godoy, le hizo ser enemigo de aquellas cortes, y por consecuencia, de cuanto emanara de ellas. Enemistado con los liberales hasta su muerte, tuvo la desgracia de no ser buen amigo de los absolutistas, y verse despreciado por los carlistas, que no podían olvidar su proceder en 1827, y la publicacion, sobre todo, de la pragmática de marzo de 1830.

En cuanto á don Juan Romagosa, mariscal de campo del ejército, y gobernador político y militar de la ciudad y corregimiento de Mataró, perdió la confianza del rey, que mandó procesarle, y los insurrectos le acusaban de venderlos, fundándolo en hechos evidentes. Lo es, en efecto, que tuvo la insurrección malos servidores. Temian servirle los que lo deseaban; porque frente á frente del rey á quien obedecían, habia otro elevado poder de quien esperaban mucho: y en esta lucha de encontrados deseos y temores, se veían perplejos aquellos que sin la noble franqueza de declararse abiertamente por una ú otra causa, fluctuaban entre ambas, engañándose y perjudicándose.

Romagosa armó á los insurrectos, y los persiguió luego. Venia á Madrid con instrucciones para el rey, y las traía á la vez de Acabaron. Estos hechos que corrieron de boca en boca acabaron con el poco prestigio de Romagosa, cuyo nombre se sepultó en el olvido, si no en el desprecio. Digno galardón de los camaleones políticos. Mas no quedó impune su poco noble conducta; declarado abiertamente partidario de don Carlos, fué hecho prisionero y fusilado en 1834 por mandado de Llauder.

XXVI.

Las condiciones que acompañan á la carta están terminantes. Una cosa hay en ellas que consideramos inexacta: el suponerlas de acuerdo con don Carlos, á quien se califica de magestad. Manifestado tenemos los sentimientos del infante, que no habian variado aun; y si figuraba su nombre en aquel documento,

era mas bien para darle mayor fuerza, y alentar á los pronunciados. Contaba el comité con la indiferencia de don Carlos, ya que no con su asentimiento á lo que hicieran, y esto estimulaba su oficiosidad y legitimaba, hasta cierto punto, sus actos.

Estas condiciones deben ser consideradas como un ultraje á la humanidad y á la ilustracion. La 7.^a sobre todo, en la que se pretende ahogar los gérmenes de la instruccion pública, base de toda buena sociedad, solo podia ser suscrita por los que solicitaban el restablecimiento del Santo Tribunal, este azote de la religion, á la que causó mas ofensas que servicios.

No sabemos si don Carlos hubiera admitido entonces tales condiciones; pero por lo que posteriormente hemos visto, estamos por la afirmativa. Un príncipe que se rodeó luego de una corte irreconciliable, enemiga de los *generales de carta y compás, que sabian escribir*; y que espiaba el porte de los militares en las iglesias, autoriza á creer sancionaran absurdos principios, mas admisibles aun en 1827 que diez años despues.

XXVII.

No solo adquirió la insurrección nuevo vigor, sino que se ostentó osada. La alocucion del rey fué contestada con otra el 4 de octubre. Perdido ya el respeto al soberano, no les imponia este: iban mas adelante; persistían en la idea de prenderle y llevarle á Francia. En inteligencia con los legitimistas de este país, esperaban recursos de ellos y se mostraban mas valientes. En algunas cartas dirigidas á Saperes (a) Caragol, hay una original de este á la excelentísima señora E.^a C.^{II}: y P.^a: dándose una cita para tratar sobre la salida de S. M. de la corte, añadiendo que cuando estuviese fuera se le revolveria el C.: (1), y otros de distincion. En otra carta se aconseja al Caragol que recoja á los principales de Manresa, entre los que se contaba el primero un tal Miralda, fabricante acaudalado, para tener así dinero. Se habla tambien de un auxilio del emperador, consistente en 30,000 infantes y 6,000 caballos, con los cuales podrian llevar la guerra á las demas provincias.

Estas cooperaciones han sido siempre el áncora salvadora del absolutista, ellas fueron su esperanza, y ellas son aun su porvenir...

La presencia del rey solo atemorizó á los obispos y demas dignidades eclesiásticas, que continuaban llenando las columnas de la Gaceta con sus pastorales, anatematizando la rebelion. Tiempo há que cundian ya estos escritos entre los insurrectos, cuando el cabecilla don Narciso Abrés el Carnicer (a) Pixola, tuvo el valor de contestarlas con una de las alocuciones mas importantes que entonces se publicaron.

XXVIII.

Don Narciso Abrés, (a) Pixola, se hallaba de capitán ilimitado sin real despacho, cuando en los primeros dias de abril se reunió en Puente Mayor, inmediaciones de Gerona, con varios paisanos y los oficiales ilimitados, Fontanel, Mongis y Taya, y siendo aclamado por gefe, pasó á San Martín, la Pera y otros pueblos, donde fijó proclamas y engrosó sus filas (2).

Los primeros 60 subordinados de Abrés fueron aumentándose poco á poco, y tuvo con ellos algunas escaramuzas, en particular con el batallon de Gerona. Sin llevar lo mejor en estos encuentros, veía los pocos adelantos que conseguia, y resolvió acogerse al indulto que publicó el marqués de Campo Sagrado. Enojosas molestias le hicieron creer ser un engaño el citado indulto, y se presentó á Busons, que le destinó á que levantara en el Ampurdan toda la tropa que pudiese, de la cual le nombraba gefe superior. La junta de Manresa revalidó despues el mando de la segunda division, que contaba unos 400 hombres, y ascendió á mediados de setiembre á 800. Batióse con ellos cuatro veces en diferentes puntos; bloqueó la plaza de Gerona hasta el 27 de setiembre, sin embargo de hallarse en Vich desde el 18 curándose la fractura de una pierna.

Viendo Abrés la ingratitud con que eran pagados tantos servicios y penalidades, firmó y circuló la siguiente proclama, que hemos citado, y copiamos íntegra.

CATALANES. «Tiempo es ya de romper mi silencio para vindicarme con vosotros de la calumnia con que nos acusan todos los obispos del Principado en sus respectivas pastorales, atribuyendo nuestros heroicos hechos á ser obra de sectarios jacobinos; borron que estoy sintiendo sin que pueda dejar de manifestarlo; nada de eso, muerte á estos es lo que hemos jurado. Algunos de estos mismos prelados saben bien que los que ahora llaman cabecillas desnaturalizados, nos hicieron saber palpablemente que el rey se habia hecho sectario, y que si no queríamos ver la religion destruida, debia elevarse al trono al infante don Carlos: que en esta empresa estaban comprometidos los consejeros de Estado, fray Cirilo Alameda; el duque del Infantado; el Excmo. Sr. don Francisco Calomarde, ministro de Gra-

(1) Este C.: era Calomarde, en quien todavia confiaban algunos.

(2) A fines de marzo se presentó á Abrés un sugeto que decia ser asistente de Planas, y le entregó unas proclamas escitando al levantamiento, que debia él firmarlas; una instruccion de ocho artículos sobre contribuciones; el haber que se debia dar á los que tomasen las armas, y sesenta y ocho onzas de oro para pagos, señalando el 1.^o de abril para el pronunciamiento.

cía y Justicia; el inspector de voluntarios realistas don José María de Carvajal; y otros varios personajes de primera gerarquía, contando con cuantos recursos eran precisos, tanto nacionales como extranjeros. Después que se vió el espíritu del pueblo prohibieron los primeros vivos para realizarlos cuando ya estaba formada la fuerza. Ya estamos hoy con ella, y ¿qué es lo que han hecho? Dejarnos en la estacada sin salir á nuestra ayuda los que estaban conformes, porque ven el peligro y no quieren esponerse á perder sus pingües prebendas y destinos; y uno de los que fueron órganos para hacernos salir al campo lo envían á la corte; éste, luego que vió al rey, se encargó de hacer desaparecer á todos los que juramos morir antes que admitir composición alguna. Romagosa, este es el que llevado de su egoísmo pretende dejarnos sin fuerza, y entregar á los gefes para que se nos castigue, en lo que nada pierden, y logran su vil objeto, que es el de mandar y avasallar al rey, haciendo en favor propio lo que se les antoje, aunque sea con el precio de nuestras cabezas. Aquí teneis descubierto el plan de los que nos vilipendian, llamándonos seducidos por los negros.

«Es, pues, llegado el caso, compatriotas míos, de que todos nos unamos contra nuestros enemigos: al rey lo tienen oprimido y engañado y los egoístas empiezan á vacilar, porque temen: no hay que desmayar; los principales agentes continúan en favor nuestro, por ser mutua la causa que nos obliga á poner en actitud hostil.

«Religion, trono sin mancha, valor y constancia, sea nuestra divisa, y despreciando á traidores y sectarios, formemos un muro impenetrable contra los malvados; así seremos felices y nos bendecirán nuestros hijos.—Llangostera 22 de setiembre de 1827.—Pixola.»

XXIX.

Imposibilitado físicamente Pixola, se hallaba escondido en una casa de campo en la montaña, cuando fué capturado por una partida que destacó el general Carratalá.

Comunicada esta noticia al conde de España, mandó á Carratalá dispusiera á la posible brevedad se condujera el prisionero á Vich aunque hubiera que llevarle con sacos ó almohadas. Puesto allí en segura prision se le recibiera una prolja declaración, sobre los motivos y personas que le indujeron á sublevarse, recursos con que contaba, y sobre otros particulares ya conocidos: concluido lo cual se le trasladara con toda seguridad á Tarragona.

Aquí permaneció hasta el 21 de noviembre que mandó desde Hospitalet el conde de España al de Mirasol, en debido cumplimiento de los decretos del rey, ejecutara la sentencia de muerte en don Narciso Abrés el Carnicer (a) Pixola, y en dos asesinos de varios soldados del regimiento caballería de línea del Infante. La ejecución debía verificarse en el mismo fuerte real de Tarragona, después de confesados los reos y recibidos los consuelos y auxilios de la religion.

Ejecutada la fatal sentencia, debían ser colgados de la horca los tres cadáveres hasta la oración, que se les conduciría al campo santo. Y por no hallarse el capitán general en la plaza, ordenaba no se disparasen los cañonazos de costumbre, ni se enarbolara bandera negra.

Cumplióse la sentencia, y Abrés sufrió la muerte con resignación y con valor. (Se continuará.)

María Estuardo.

(Conclusion)

Los habitantes contristados callaban, y los protestantes mezclaban la ironía á sus execraciones. Ya hacia dos meses que se había formado una liga formidable contra Bothwell, en la cual entraban, como de costumbre, los confidentes íntimos de María y entre ellos Melvil: la existencia de esta liga, se probó por primera vez con el descubrimiento de la correspondencia secreta entre Melvil y Kirkaldy (1). En ella se vé, que la reina Isabel no ignoraba ni aun los mas pequeños incidentes de la corte de Escocia (2). «Ayer, dice Randolph en una carta á Leicester (3), me he paseado con la reina Isabel en el jardín de palacio, y hemos hablado mucho y con gran disgusto, de los actos de la reina de Escocia. Isabel está avergonzada y la detesta. Aunque Isabel reprueba que los súbditos contrarién las inclinaciones de su soberano, censura y teme el casamiento con Bothwell. Sin embargo, está muy incomodada con Grange, que se atreve á hablar de una testa coronada, sea cual fuere su conducta, como pudiera hacerlo de una prostituta. La dignidad real de Isabel se indigna contra súbditos tan temerarios que acusan y juzgan á su reina: pronta siempre á sacar partido de las faltas de María, y no queriendo ni salvarla ni defenderla, reclama únicamente un respeto ciego á las debilidades del trono.»

Desde el asesinato de Riccio, María Estuardo, por

(1) Archivos de Inglaterra. Carta copiada por el secretario de Cecil, á quien la envió lord Bedford.

(2) 8 de mayo de 1567. Archivos de Inglaterra.

(3) 10 de mayo de 1567.

la imprudencia de su venganza y la impetuosidad de su amor, se encargó de favorecer por sí misma al calvinismo: su historia ha sufrido un impulso tan apasionado, que aquel movimiento de los intereses y de los crímenes, precipitándose como un espumoso torrente, apenas deja al observador tiempo para detenerse en los detalles característicos. El colaborador de Knox, Craig, recibió el encargo de leer las publicaciones matrimoniales, y se negó á ello. Llamado al consejo privado, aquel inflexible ministro, respondió á Bothwell que «no quería sancionar la union de su reina con un adúltero, un raptor y un asesino.» Intimaronle la orden de obedecer: volvióse á su iglesia y leyó las amonestaciones, pero al fin de ellas añadió las palabras siguientes: «Pongo por testigos al cielo y á la tierra que aborrezco y detesto este matrimonio, que va á llenar de indignación y de escándalo al mundo: y exhorto á los fieles que rueguen á Dios, de todo corazón, no permita se lleve á efecto una union tan contraria á la razon, á la conciencia, y al reposo y felicidad de este desgraciado país.» Todos los que se hallaban en la iglesia contestaron *amen*, y se volvieron á sus casas persuadidos de que María estaba hechizada, y hablaban de los medios mágicos y de los amorosos filtros, cuyo secreto había aprendido Bothwell durante sus



El conde de España.

viages por Italia, refiriendo al mismo tiempo la historia de lady Buccleugh, seducida y perdida algunos años antes por Bothwell (1). La magia de este astuto y audaz produjo su efecto, y el 13 de mayo de 1567 se celebró el matrimonio en uno de los salones de Holyrood, sin pompa ni magnificencia, y en medio del mas sombrío y profundo silencio, María llevaba tambien esta vez el traje de viuda, presagio cuya amenaza no había salido vana. En la puerta de palacio apareció fijado un papel con este verso de Ovidio:

«Mense malas maio nubere, vulgus ait.»

«Las mugeres malas se casan en el mes de mayo, segun dice el proverbio...» Tantas y tan funestas advertencias no detuvieron á María en la senda de perdición que había emprendido; pero cuando Bothwell fué ya su marido, volvió la vista en derredor suyo. Puede juzgarse la miseria de su alma por las relaciones de Du Croc, embajador de Francia, y de Drury, agente de Inglaterra. En todas sus acciones se descubren turbación, violencia, inquietud y desesperación. Se la participa que la liga de los señores confederados contra Bothwell toma consistencia: «Veamos pues, contestó, Athol es débil: cerraré la boca á Argyle, Morton acaba de quitarse las botas, que todavía tiene cubiertas de polvo, y le mandaré volver de donde ha venido.» Trató de aparentar alegría, se paseaba por las calles de la ciudad, su adorno era mucho mas esmerado que otras veces, y dispuso que se celebrasen justas y torneos. Pero en medio de aquellos signos esteriotes solían derramar sus ojos algunas lágrimas. Bothwell, dueño de sí mismo, la dominaba en particular, y en público la manifestaba la deferencia mas escesiva: jamás la hablaba sin tener la cabeza descubierta. Un día, María, por un resto de su antigua galantería, tomó el gorro cargado de plumas y se le puso en la cabeza. Mas cuando ambos estaban solos y

encerrados en su habitación, no se oía desde afuera mas que gritos, sollozos, y estas palabras: «Dadme un cuchillo que voy á matarme.» Melvil, amigo de María, es quien refiere estos pormenores (1). El mismo día del matrimonio, Du Croc, embajador de Francia (2), fué á visitar á los esposos, é interrumpiendo una escena doméstica de las mas violentas, encontró á María llorosa, y á Bothwell encolerizado. Aquellas disensiones eran una consecuencia natural de semejante enlace, mezclado con un crimen, teñido de sangre, lleno de remordimientos, y del carácter imperioso de dos espíritus arrogantes. Las cartas de los embajadores franceses é italianos son tanto mas preciosas, cuanto que corroboran y sancionan todas las inducciones y los hechos contenidos en la correspondencia de los embajadores ingleses. Los enviados de Isabel no tenían en verdad ningún interés en exagerar la situación de Escocia y los errores de María. Sabían muy bien con quien tenían que habérselas, y que toda su influencia con Cecil y su ama, dependía de la mas completa exactitud de sus narraciones.

No duraron mucho tiempo los torneos y las fiestas. Algunos de los que habían intervenido en el asesinato de Darnley se unieron á los confederados, marcharon contra Bothwell y formaron una liga tan formidable, que María y su esposo tuvieron que encerrarse en el castillo de Borthwick. Los capitanes y soldados indignados, no acudieron al llamamiento de su soberana, y Bothwell se vió ya reducido á una sola compañía, la del capitán Cullen, cómplice del asesinato de Darnley. Sitiados en Borthwick se fugaron en distintas direcciones, Bothwell por una poterna ó puerta secreta, y María disfrazada de soldado con botas y espuelas, y se reunieron en Dumbart. A pesar de la sagrada autoridad del nombre real, no pudieron juntar mas que dos mil hombres, con los cuales fueron á atrincherarse en la colina de Calberri. Después de una inútil tentativa de pacificación, que trató de conseguir el embajador francés Du Croc, Bothwell, viendo que desertaban la mayor parte de sus soldados, salió del campamento, y precedido de un heraldo, se adelantó hacia el del enemigo. Aquí se representó una escena feudal, que Robertson ha espuesto muy mal, porque carecia de los elementos históricos necesarios.

Al sonido de la trompeta del heraldo, se presentó James Murray de Tullisbardin como campeón del rey asesinado. Bothwell se negó á combatir con un adversario que no era su igual. Salió en seguida al frente Morton, y presentó el combate á pie, á todo trance y con la espada, que era tan pesada que tenía que levantarla con las dos manos. Lindsay de Bires pariente de Darnley le disputó aquel honor; suplicó á los barones que respetasen su derecho y le concediesen el permiso de batirse por su causa. Cede Morton y le ruega acepte su espada, la antigua espada (*two han ded*) que había pertenecido al célebre guerrero Archibaldo Belltho-cat: instrumento enorme que se colgaba á la espalda como un carcaj, y cuya empuñadura estaba al nivel del casco, la punta tocando al suelo. Armase Lindsay: arrodillase delante de la línea de batalla, ruega á Dios en voz alta que le dé fortaleza contra el criminal, y aguarda á pie firme á Bothwell. Este que deseaba ardentemente el combate que debía terminar la querrela, trató de vencer la resistencia de la reina, pero fué en vano, pues se opuso tenazmente. Quizá fué esta la muestra de ternura mas loca é imprudente que le dió María: imprimía en el escudo ya medio borrado de su amante, una mancha indeleble, y la mas fea de todas, la de cobardía. Entonces todos los soldados de María se desbandaron, se pasaron al campo enemigo, y la dejaron sola con Bothwell, sesenta hombres y sus arcabuceros. Recorrió las filas montada en su palafren, halaga y arenga á los soldados, pero no puede detener ni á uno solo: en fin, siendo ya completa la deserción, pide parlamentar.

—Si, contestó Grange, si despedís á ese hombre que se encuentra á vuestro lado, y es el asesino del rey.

—Abandonaré al duque, me entregaré en vuestras manos si me prometeis obediencia.

Prometieronla, y la imprudente reina se entregó. Bothwell, á quien llamó á parte, y con el cual consultó un momento, titubeó, ella le probó que todo estaba perdido, y que era necesario separarse.

—¿Me guardareis, la preguntó Bothwell, la promesa que me habeis hecho de no abandonarme jamás?

—Si, le contestó, y le alargó la mano: era su última despedida.

Entonces él montó á caballo y partió al galope (3). Aquellas dos personas estaban condenadas á no volverse á ver. Tratada en un principio cortesmente por los vencedores, María trató de dirigir una carta á los Hamiltons, gefes de su partido.

—Eso es imposible, señora, la dijo Grange.

—¿Cómo!... ¿Os atreveis á tratarme como prisionera? Apelo á vuestra palabra: me habeis prometido obediencia. No la escucharon, y prorumpió en quejas. Segun su costumbre, el peligro la despierta, la desgracia la escita, y la irritación pone en movimiento los elementos violentos y trágicos de su carácter.

—Lindsay, dijo al que como hemos visto poco hace era uno de los mas exaltados entre los barones confederados, Lindsay, vuestra mano...

Alargó este la mano, se quitó el guantelete, y la reina puso sobre ella la suya.

(1) Memorias, pag. 127.

(2) Biblioteca Real, Colección de Harlay, 218.

(3) Du Croc. Carta á Catalina de Médicis. Biblioteca real.

—Por esta mano, le dijo, que teneis entre la vuestra, os prometo que tambien tendré yo vuestra cabeza. ¡Desdichada!... no tuvo la cabeza de Lindsay, y entregó la suya. En Edimburgo la recibió el pueblo con silbidos. Llamáronla adúltera, asesina ó infame; pero lo que mas exasperaba era el que fuese católica. Las mugeres la rodeaban y la cubrian de improperios y maldiciones; y los soldados desplegaban ante sus ojos una bandera en que se veia pintado á Darnley asesinado, y por debajo la palabra *venganza*.

Encerrada en casa del preboste, la pusieron guardias de vista, la separaron de sus criadas, y pasó la noche sola y llorando, sin oír mas ruidos que las acompasadas pisadas de los centinelas que la custodiaban. Por la mañana á través de los hierros de su ventana, vió colocada enfrente de ella la bandera acusadora, refinamiento de crueldad que el ingenio humano ha sabido reproducir en todas épocas, entre todos los pueblos, y con todas las víctimas, inocentes ó culpables. Esa necesidad infernal de hacer padecer á la víctima, ese gozo al contemplar la agonía de una miserable criatura, hicieron parar el carro de María Antonieta delante de las Tullerías, y el de Bailly en el campo de Marte. Aquella vista la produjo un delirio (1): desgarró sus vestidos, y se presentó casi desnuda á los habitantes que movidos á compasion se iban armando para defenderla, cuando los señores temerosos de aquel movimiento, la hicieron montar en un caballo, medio desnuda, con la cara llena de lodo, y derramando copioso llanto, entre Lindsay y Ruthven, dos animales feroces con figura humana. Desde su prision intentó hacer llegar á manos de Ruthwell una carta en que le reiteraba la promesa de no abandonarle jamás. Aquella carta fué interceptada, y se redobló el rigor. Por último, llegó á su nueva prision que era el castillo de Lochleven, propiedad de Douglas, uno de los confederados, castillo situado en medio de un lago. María no tenia ya un solo amigo, ni aun el mismo Du Croc, testigo de tantas imprudencias, contra las que se habia inútilmente esforzado de preservarla, y que estaba de acuerdo con los barones para colocar la corona en las sienes de su hijo Jacobo I. Balfour, complicado de un modo tan terrible en el asesinato de Darnley, y amigo íntimo de Bothwell, compró su salvacion descubriendo los secretos de su amigo, y entregando una cajita de plata que contenia las cartas de María á Bothwell, y el célebre *band* para el asesinato de Darnley. Los originales de estas cartas y del *band* no han vuelto á encontrarse, lo cual hace presumir, que los señores comprometidos como Bothwell y Balfour, en el complot contra Darnley, se aprovecharon de la ocasion para destruir la prueba material de su crimen. En cuanto á la correspondencia original de María y de Bothwell, se pretende que Jacobo I, hijo de María Estuardo, se apresuró á borrar aquellas huellas de los errores maternos. Los defensores de María han rechazado constantemente como falsas, las cartas que Ruchenau ha publicado, y que sin embargo, como dice muy bien Robertson, contienen pormenores tan circunstanciados, y concuerdan tan exactamente con las deposiciones de los testigos, que un juez imparcial no puede menos de admitir su autenticidad.

Después de la explosion de *Kisk in the field* y de la muerte de Darnley, Knox se fugó y dejó el campo libre á las pasiones de la joven soberana, que como acabamos de ver, sirvió mas con sus desaciertos á la causa protestante que pudieran hacerlo mil predicadores. Encerrada ya María en Lochleven, volvió á presentarse al reformador y á hacer resonar en el púlpito de Edimburgo su lenguaje irónico y violento. Las palabras de este Bossuet-Marat caian desde la tribuna sagrada, dice Randolph como balas rojas. Inflamó al pueblo, ayudó á todos á los confederados, estableció el calvinismo en Escocia, perdió definitivamente á María Estuardo, nueva Armida, símbolo peligroso y excremento del papismo, y abrió á un mismo tiempo la tumba de aquella muger desgraciada y el surco del invencible puritanismo en donde germinaron las largas guerras del covenant.

María estaba vencida con el catolicismo; sucumbia por sus faltas, por sus pasiones; no la quedaba ya mas que el ascendiente de su palabra, de su hermosura, de su seducción y de su gracia, prestigios que no la abandonaron hasta el momento en que el hacha de Fotheringay terminó su agonía. Murray, su hermano natural, cuya destreza y prevision no se mezclaron mas que en las intrigas, pero no en los crímenes que hemos bosquejado, se entendió con Isabel y se apoderó de la regencia. Reconociósele por gefe del reino, é inmediatamente hizo formar un juicio sumarísimo y ejecutar á los instrumentos subalternos del asesinato de Darnley; y se dió tanta prisa, porque sus confesiones, dice Bedford, le ponian en grave conflicto: acusaban á sus amigos, sus confidentes, á los señores que habian elevado á Murray á la regencia. Persiguió á Bothwell, que se escapó, llegó á Noruega, armó algunos buques, se dedicó á la piratería, y murió algunos años después en un calabozo de Noruega, sin pan y sin lumbre. En medio de estos acontecimientos, y sin ningun recurso, María Estuardo encontró medio de dejar su prision, y librarse del terrible encierro á que se la habia reducido. Uno de los mayores descubrimientos hechos por los investigadores que he citado, es una carta italiana con la fecha del 21 de mayo de 1538, en la que Petrucci, enviado del gran duque Cosme de Médicis, refiere minuciosamente á su amo la manera con que la reina de Escocia logró escapar-

se de Lochleven (1). Si se compara la encantadora narracion que Walter Scott ha formado sobre este incidente con la antigua trama de los verdaderos hechos en su sencillez y desnudez, se admirará el instinto adivinador del poeta, y su gran penetracion, que le han hecho comprender perfectamente los caracteres que ponía en juego. Walter Scott se ha engañado varias veces voluntariamente ó sin saberlo, en cuanto á las fechas, incidentes, trages, y pormenores arqueológicos; pero las almas y las pasiones cuyo espíritu resucitaba, no se le han escapado nunca. Es el clarificador de la historia, como ha dicho Hazlitt con un espresivo barbarismo, *the clarifier of history*. El entusiasta Douglas, el calvinista Dryfesdale, la coqueta, imperiosa, imprudente y encantadora María, y la anciana lady Douglas, son retratos dignos de Holbein, cuya verdad parece mas digna de elogio, á medida que se profundizan los documentos de la historia.

La madre del regente Murray, muger dura y violenta, estaba encargada de custodiar á la prisionera. Tenia un nieto de diez y ocho años, Jorge Douglas, á quien las desgracias y hermosura de María conmovieron y exaltaron. Resolvió pues salvarla y engañar á su abuela, pero su primer plan salió fallido. La hizo que se vistiese un traje de aldeana enteramente semejante al de la lavandera del castillo. Ya iba á poner la reina el pié en la barca que debia conducirla, cuando la blancura y la forma de sus manos la descubrieron. El barquero dió la alarma, y la volvieron á conducir á la prision. La abuela de Douglas le echó de la fortaleza, pero el joven habia dejado allí un confidente y camarada, page de su abuela, mas joven que él, y á quien amaba tanto, que le llamaban el *pequeño Douglas*. En cuanto Jorge partió, se encargó aquel de la empresa, y la llevó á cabo. Hallábase la castellana á la mesa, y la servia su page. Acercóse este á la mesa, dejó caer como por descuido una servilleta sobre la llave del castillo colocada cerca de la viuda, y continuó su servicio. Pasaron algunos minutos y la llave quedó olvidada, el page la levanta, se la lleva con los manteles, y corre á buscar á María Estuardo, que se dirigió á la puerta de entrada, dejó que el page cerrase por la parte de afuera para impedir la persecucion, entró en una barca que habia amarrada para el servicio de la guarnicion, y comenzó á remar ella misma. Los amigos de María habian apostado centinelas: apenas la barquilla se puso en movimiento, un hombre que se hallaba tendido entre la yerba de la orilla opuesta, y que los Hamiltons habian colocado allí de vigilante, vió deslizarse la barca sobre las aguas, y avanzar con una muger que iba de pié en ella. El velo blanco de la reina que tenia á la punta una franja encarnada, y que era la señal convenida, flotaba libremente á merced del viento. Los caballos de Jorge Douglas y de lord Seaton acudieron al galope á la orilla. «Spigato un suo velo bianco, con un fioco rosso, fe il segno concertato, á chi l'altendeva che ella veniva, al quale segno quillo che era disteso in terra su la ripa del lago, levantossi é con un altro segno adovisati li cavalieri del vilaggio, etc.» La reina montó al instante á caballo, partió al galope, atravesó el Erith, no se detuvo mas que para escribir á Bothwell, y llegó al castillo de Hamilton, en donde se la reunió bien pronto un ejército de seis mil hombres, alistados en su bandera por los Hamiltons.

Es bien sabido que aquel ejército fué completamente batido en Langsyde, y seguramente no opuso mucha resistencia cuando la pérdida que causó al enemigo fué de un solo hombre. Colocada María en una colina, vió la derrota, emprendió la fuga, llegó á la abadía de Dundrennan, corrió al galope diez leguas de una tirada, y llena de espanto se refugió en Inglaterra. El primer movimiento fué el que decidió siempre de las acciones de María, y el que la arruinó. Su causa no estaba perdida sin remedio: en ausencia de Bothwell y sostenida por los Hamiltons, hubiera podido restablecer sus negocios; pero siempre poseyó el arrojo del valor, y nunca el valor de la paciencia. En vano se le representó que Isabel era su mas cruel enemigo; quiso probar la suerte. «Os pido con encarecimiento, escribió á aquella reina en una carta fechada en Worthington, y que se conserva en el Museo Británico (2), que V. M. me envíe á buscar lo mas pronto posible, porque mi situacion es bien triste, no digo para una reina, sino para una aldeana. No tengo mas vestido que el que me cubria en el campo de batalla. El primer día anduve sesenta millas á rienda suelta, y después no me he atrevido á proseguir mi camino mas que de noche.» De este modo se entregaba á aquella muger orgullosa, á quien habia ofendido apoderándose de sus armas y títulos; á una muger de mas edad que ella, envidiosa, llena de pretensiones y de vanidad; que tenia un estremo amor propio desde la mas fiera altivez, hasta la mas pueril coquetería: criatura odiosa que habia prodigado el oro inglés para tener traidores al lado de María, que la habia puesto trabas, tendido mil lazos, y engañado y perdido en cuanto de ella dependia: que no la habia colocado en el peligro, es cierto, porque las imprudencias de María bastaban para perderla, pero que la habia empujado con toda su fuerza, y precipitado en el abismo, entendiéndose con sus enemigos para derribarla, con sus amigos para hacerla traicion, con sus vasallos para minar su autoridad, y con los calvinistas para difamarla. Isabel se llenó de

regocijo cuando pudo poner su atrevida mano sobre aquella muger que la molestaba. Entorpeció el proceso que Murray habia comenzado contra su hermana, se complació en prolongar la agonía y la deshonra de María Estuardo, y afectando la mayor imparcialidad, gozosa con satisfacer su venganza, su orgullo, y su despecho, dejó durante mas de veinte años suspendida la cuchilla sobre la cabeza de María. Mas llegó un día en que la prisionera pareció peligrosa á su carcelera, y al punto Isabel resolvió que muriese, no por el verdugo, sino asesinada.

Esto era en setiembre de 1572: el partido católico de la cautiva iba reorganizándose: la Escocia estaba ya cansada de Murray. El yugo de los señores que habian muerto á Darnley, y llevado al patíbulo á sus cómplices inferiores, parecia muy duro al pueblo: los Hamiltons estaban en campaña por la reina, cuando el catolicismo recibió un golpe tan terrible, que sus efectos se sienten todavía. Los Guisas, á quienes sostenia Carlos IX, y que tenian en su favor las municipalidades católicas, quisieron concluir con el protestantismo en Francia. La mayor parte de los que los estorbaban fueron muertos en una noche: amaneció el día de San Bartolomé: el Mediodía se estremeció de gozo, y el Vaticano se adornó con flores, y se iluminó con hachas de cera. Vióse entonces sonreír á Felipe II, que nunca se habia reído (1). Por el contrario, la desesperacion y el sentimiento del Norte protestante no pueden describirse.

Mientras los cortesanos de Aranjuez se asombraban de ver asomar una sonrisa á los labios de su amo, Isabel, la reina del protestantismo, recibia al embajador francés en un salon colgado de negro, iluminado con hachas como un catafalco, rodeada de los señores, que con la frente baja, y vestidos de luto como ella misma, guardaban un silencio profundo y amenazador y rehusaban dirigirle la palabra. Los calvinistas de Escocia, los anglicanos de Londres y de las provincias, clamaban venganza, matanza por matanza y sangre por sangre. Los católicos de los dos reinos, llenos de júbilo y esperanza empuñaban las armas y repetian el nombre de María Estuardo: era una santa y una víctima. En política, á un personaje que se le conceptúa peligroso, ó que es débil y aborrecido, no le queda mucho tiempo de vida. La primera medida en que pensaron no solo Isabel, sino los protestantes, Cecil, Leicester, los comunes y los pares, fué la muerte de la cautiva, esperanza, centro ó instrumento de los movimientos católicos. Burghley, ministro de Isabel, preguntó oficialmente á los obispos anglicanos, si en semejantes circunstancias seria legitima la muerte de María Estuardo. La respuesta afirmativa existe en el Museo Británico (2). Apenas dieron los prelados aquella contestacion, la cámara de los Comunes redactó la suya, y en una peticion solicitó la decapitacion de María. Tanto ardor y exaltacion para matar á una reina asustó á Isabel, á quien no gustaban aquellas manifestaciones contra la dignidad real, y que sabia que cuando se toca á una corona, bambolean todas las demas. Impuso silencio, y la pareció mejor y mas conveniente asesinarla en secreto y por traicion, mediante una venta infame; y deshacerse asi, escondiendo la mano que la heria, y sin incurrir en el vituperio del mundo y de la historia, de la desgraciada muger que la pidiera proteccion y asilo. Robertson, que no vió la correspondencia secreta recientemente examinada, de los diversos agentes de Isabel, se ha engañado completamente acerca de las intenciones de aquella reina y de las maniobras de los barones escoceses. No se trataba de entregar á María Estuardo al regente, sino de que la degollasen los escoceses en cuanto pisase su territorio. Este hecho, averiguado ya en el día, es uno de los crímenes mas curiosos de que la historia, que ciertamente no es pobre de ellos, se va enriqueciendo á medida que se penetra en sus cavernas.

Un Killigrew, antepasado de los del mismo nombre, que desempeñaron después un papel tan ridiculo en la corte de los Estuardos, tuvo el triste honor de que Isabel, Cecil y Leicester, únicos cómplices del resuelto asesinato, le confiasen su proyecto. Partió pues, para Escocia con instrucciones muy circunstanciadas, que desempeñó con esmero, celo y actividad. Tratábase de entregar á la prisionera en manos de los escoceses enemigos suyos, con condicion de que la matasen luego secretamente, y sin comprometer á Isabel. Convinieron en ello, pero pidieron dinero, y se les prometió menos de lo que exigian. Hallábase las cosas en este estado, y se ajustaba como un artículo comercial la cabeza de María, cuando el principal negociador, el regente Mar, que sucedió á Murray, que fué asesinado, murió de repente, y esta ocurrencia salvó por entonces á la princesa. Un tal Elphinstone y el prior de Dumferling, estaban ya encargados de los pormenores del asesinato. Cecil habia escrito muchas y repetidas cartas para apresurar la ejecucion, y Killigrew manejó el negocio con toda la habilidad posible. Aquella inesperada muerte rompió las negociaciones entabladas con tanto secreto, que tres siglos y las indagaciones de veinte historiadores, no pudieron descender el velo que las encubria. Todas las cartas relativas á este concertado asesinato se han conservado en los archivos de Inglaterra (3) y en el Museo Británico (4), y acaban de ser impresas

(1) Saint-Goar: embajada de España. Manuscrito, Biblioteca Real.

(2) *Caligula*, c. II, folio 224.

(3) Killigrew, 10, Burghley, 23 de noviembre de 1572.—14 y 29 de setiembre de 1572.—9, 13 y 16 de octubre de 1572.

(4) *Caligula*, c. III, folios 370, 373 y 374.

(1) Juan Beaton á su hermano, 17 de junio de 1567.

por M. Patrick Fraser Tytler, en su *Historia de Escocia*, no dejan lugar á la mas leve duda. Es muy notable en ellas la sencillez y el candor con que aquellos hombres de estado hablaban del *gran negocio*, de la *cosa en cuestion*, de *hacer lo que se ha dicho*, de *hacer*, etc. (todo, etc.) y de *despachar el negocio*, lo cual significa comprar y vender la cabeza de una muger. Los escoceses nos entregarán rehenes, dice Killigrew, como prenda y garantía del *negocio*; pero no los tendremos largo tiempo, porque todo quedará concluido en cuatro horas (1).

Habian salvado su vida, pero su causa estaba perdida. Knox pudo regocijarse de ello en su lecho mortuario. Los católicos no se atrevían ya á moverse en Escocia é Inglaterra. No hablo de la Irlanda católica cuya barbarie era tan completa, que únicamente se acordaban de ella para ir de cuando en cuando á incendiar sus cabañas. Hacia aquella época envió al duque de Argyle un embajador, «el cual, dice Randolph, hizo el viaje á pie, cubierto con una capa de color amarillento, sin camisa y sin medias. Recibióle, pero no quiso afeitarse, ni ponerse una camisa, ni acostarse sino en la cocina junto á la chimenea y encima de la ceniza.» La Escocia estaba mas civilizada, mas sin embargo ya hemos visto cuan poco respetaba la sangre de los hombres, cuales eran aquellos barones, prontos siempre á clavar su puñal en el pecho que les servía de obstáculo, y á aquel Knox que reasumía en su persona y su doctrina la austera implacable moralidad de la reforma septentrional. Murió á la edad de sesenta y siete años en su casa de Edimburgo, feliz y satisfecho de su obra. Su historia es la de la revolución que dirigió á su voluntad. Desinteresado, exaltado y feroz, tuvo un leve remordimiento, cuando incorporándose en su lecho fúnebre, trató de justificar y de lavar la mancha de su vida. «Muchos han criticado y critican, dijo, la severidad y el rigor que he manifestado. Dios sabe muy bien que mi corazón jamás ha abrigado rencor contra las personas á quienes amenazaba con los altos juicios del Señor. No he aborrecido mas que sus vicios, y he procurado con todas mis fuerzas atraerlos á Cristo. Si no he tenido clemencia con el crimen, de cualquier clase que fuese, ha sido por temor de Dios, que me habia colocado en las funciones de su santo ministerio, y que me llama á que dé cuenta de ellas. Por lo que á vosotros toca, hermanos míos, continuad el buen combate, servid á la causa de Dios con valor y entera voluntad. El Señor os bendecirá desde los cielos, y las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros.» Sus últimos suspiros fueron una maldición y una profecía. Grange habia desertado de las filas de los barones y defendía la causa de la reina. Knox le envió á decir, ó que depusiese las armas, ó que el brazo de Dios caería sobre él. «Sal de la cueva de bandido, le escribió, ó sino, no tardarán mucho en ir á sacarte de ella: te anuncio de parte de Dios que serás ahorcado y espuesto á la vista de todos (2).» Habia trascurrido un mes desde la muerte de Knox, cuando Grange, verdadero caballero, humilde, dulce y apacible en su casa, pero leon en el combate, personaje fuerte, vigoroso, de buena complexión y excelentes proporciones, caminaba al suplicio, dice Melvil (3), conducido por el amigo de Knox, sacerdote soldado, David Lindsay, que ahorcó á Grange, cantando los salmos en escocés.

Con la vida de Grange, concluyó la última esperanza de los Guisas, y del Mediodía católico. María ya no tenia súbditos: su fiel y último servidor, sir Adán Gordsu de Auchendover, buscó un asilo en Francia. El partido católico se desanimaba y descomponía. El duque de Alba mantenía correspondencia con Isabel, y neutralizaba los esfuerzos de su amo Felipe II: Catalina de Médicis negociaba con la reina de Inglaterra, que aparentaba querer casarse con el duque de Alençon. En 1574, trece años antes de la muerte de María, su corona estaba ya hecha pedazos. Pasó aquellos largos años luchando con la fatalidad que la perseguía, sosteniendo correspondencia con el Mediodía, de quien era el representante vencido, suplicando continuamente á Isabel, y excitando en derredor suyo aquel apasionado interés que condujo al cadalso al duque de Norfolk. La única esperanza de salvación que la restaba, era el silencio, el reposo, y el renunciar á toda especie de pretensiones; pero no pudo someterse á aquella imperiosa necesidad. Despues de diez y ocho años de cautiverio, cuyo martirio despedazó su corazón, sin apagar la actividad de su espíritu, se presentó el verdugo y cayó la cuchilla, á consecuencia de una carta en que María decía á Isabel: «que ya era vieja, que no tenia edad para que la insultasen sus amantes, y sirviese de escarnio á la Europa.» Dejémosla en el umbral de aquella prision que fué su tumba.

Los documentos publicados por el principe de Labanoff, Bon-Ranmer y Gonzalez, la presentan con suma habilidad para tramas peligrosas, y en último resultado funestas, y dispuesta siempre á emprenderlas, tanto en el tiempo de su libertad, como durante su prision. Contentémonos con haber esparcido alguna luz sobre esta muger, cuya alma exageró los defectos, las debilidades y los recursos de su sexo. Jamás el poeta por excelencia, Dios, que preparó la escena de nuestras pasiones desencadenadas contra la necesidad, colocó jamás á

una criatura humana en las condiciones de un drama mas trágico.

Como ven mis lectores, no por una vana afectacion he presentado á su vista el Norte y Mediodía, el calvinismo y el catolicismo, á Knox y María Estuardo frente á frente, al uno como símbolo del deber llevado hasta la barbarie, y á la otra como tipo de la voluptuosidad, el arrebató y la pasión. Me detengo en el momento en que concluye su lucha. Las pasiones nacionales han dedicado volúmenes enteros á estos dos personajes diversamente culpables. En cuanto á María, las modernas crónicas ofrecen el problema mas curioso. Si su vida hubiese sido pura y su desgracia innecesaria, la memoria de los pueblos la hubiera coronado olvidándola como sucedió con Juana Gray. Si en aquella alma ardiente hubiese habido mas vicio que pasión, hubiera dormido en un rincón de la historia con los monstruos, con Mesalina ó la Brinvilliers. Pero era un ser sensible elocuente, apasionado, joven, hermoso, con frecuencia culpable, con frecuencia criminal, instrumento del partido poderoso que se encargó de su apoteosis, y enemigo del partido contrario que la arrastró por el fango de las calumnias. En ella se ha observado una mezcla de descaecimiento y de esplendor, de violencia y de debilidad, de altanería y de ternura: su alma era tan impetuosa, su talento tan distinguido, y su corazón estaba tan alucinado, que jamás la trasformacion épica, que necesitan las razas humanas, se ha ejercitado en un asunto tan favorable. ¡Desgraciados de los seres sublimes que provocan la incredulidad por una perfeccion demasiado completa, una virtud elevada, y una grandeza muy pura!... Véase sino á Juana de Arc, los pueblos no han comprendido á este ángel guerrero. Pero el protestante por su aversión, el católico por su simpatía, la muger por sus sacrificios, el anciano por sus tristezas, y el joven por sus deseos, todo el mundo, en fin, ha comprendido á la heroína de Fotheringay: heria todas las fibras humanas, odios y amores, pasión, prestigio, piedad, movimiento popular, todos los entusiasmos, todos los recuerdos, y todas las debilidades.

SEMANA JUDICIAL.

Causa contra Antonio Perez,

MINISTRO DE FELIPE II.

(Conclusion.)

Ganaba en tanto la corte á muchos señores y autoridades, y crecia la popularidad de Perez, cuyos parciales se preparaban. Sin medios el encarcelado, sobrábale todo merced á los donativos que á porfía le ofrecian todas las clases sin distincion de sexos. Una frutera llena de andrajos y cargada de hijos puso su puesto bajo las ventanas de Perez por surtirle de fruta. No contenta con este sacrificio, pudo un dia reunir 10 rs., que entregó escondidos en la fruta al que creyó sincero defensor de las libertades patrias y victima de la infame tiranía. Accion tan digna solo cabe en pechos libres.

De dia en dia se aumentaba la agitacion: el justicia era insultado y vitoreado Perez, á cuya vista estaba el pueblo, cubriéndose las paredes de pasquines y proclamas, y acudiendo los exaltados. No eran infundados los temores. El hipócrita Felipe engañó á los señores, mas no al pueblo aragonés, aparentando un amor á los fueros, que tan lejos estaba de sentir, y con su auxilio y la gente de armas que prestaron muchos títulos, se concertó y dispuso la entrega de Perez para el 24 de setiembre. Y en esto falleció el justicia, sucediéndole en circunstancias tan difíciles su primogénito llamado tambien don Juan.

Antigua era la pugna entre la corona y la nobleza de Aragon sobre nombramiento de virey, pretendiendo esta recayese en un natural. Fomentó Perez esta exigencia coligando á los señores. Pero los sucesos de 24 de mayo deshicieron esta liga formidable, y asustados los mas, se ofrecieron al monarca, presentándosele no pocos. Separada de aquella causa la clase mas elevada, á cuyos ojos no era ya la causa del pais ni de sus fueros, contaba todavía con muchos barones y señores de inmenso ascendiente por su bizarría y valor sobre la juventud, con caudillos de las turbas tan animosos como Gil de Mesa, pariente de Perez, y tan audaces y desinteresados como el estudiante agitador, á todos los que por congraciarse con el rey y hacer méritos para el disimulo de sus faltas, propusieronle entregar los señores.

El temible prisionero que manejaba desde su retiro los hilos de tan complicada trama, deshizo esta infame conjuracion y decidió á los comprometidos.

Amaneció el 24 de setiembre ocupado el tránsito de una á otra cárcel con 2,800 soldados, obstruidas las bocacalles con numerosas patrullas, cerradas las puertas de la ciudad y prohibida toda aclamacion. «Viva la libertad!» gritó un muchacho al pasar la caballería, y cayó de una descarga. Alarmóse el barrio de San Pablo, y ébrios de furor, tocan sus habitantes á rebato. Verificábase á la sazón con ostentoso ceremonial la entrega de Perez, á quien pusieron grillos, y al ser trasladado en coche por numerosa y lucida comitiva, don Martin de La-Nuza, baron de Bienes, primo del justicia, mozo el mas valiente y caballero de Aragon, adorado de la gente de guerra, acometió denodado con su bando á las tropas. Gil de Mesa le secundó en su arrojo. Amedrentados con tan brusco ata-

que, y muchos de ellos seducidos, débil fué la resistencia que opusieron, desbandándose á poco. En vano intentó resistir el gobernador al frente de la caballería; herido tuvo que ocultarse. Perseguido el justicia, autoridades y títulos que le acompañaban, se refugiaron; y al forzar las puertas de su asilo, muchos ciudadanos se interponen, sucumbiendo los mas esforzados. Penetran los grupos, huyen algunos señores, se entregan otros y venden algunos cara su vida.

Trasládase á la Manifestacion el movimiento, y á ruego de los que alli estaban para su traslacion se presentó Perez. Apenas podia marchar; sofocado con ardientes demostraciones, dueño fué de aquella multitud victoriosa, á quien contuvo en el cancel de la cárcel. Por la tarde salieron ambos cleros pidiendo á Dios misericordia y paz. Previendo Perez el peligro, salió á caballo con direccion á Francia acompañado del intrépido Gil de Mesa, despidiéndole el pueblo al grito de «Viva la libertad!»—Animo, hijos míos, les decía, con esa voz no hay que temer, todo se os hará llano.» Obligado á ocultarse por los obstáculos que halló en el valle del Roncal, tres dias estuvo guarecido, hambriento y sediento, volviendo disfrazado por consejo del primo del justicia, en cuya casa se alojó.

Supo el rey con placer las turbulencias de Zaragoza, que le daban el pretexto que buscaba para invadir á Aragon, y al punto destinó á ello el ejército reunido en Agreda para socorro de la liga de Francia que le habia nombrado protector. Fuerte de doce mil hombres, mandábale el entendido y valiente don Alonso de Vargas, caballero estremoño, y contaba los mas famosos guerreros. Todavía debió temer Felipe II, y apeló al engaño, despachando cartas á las universidades ó comunidades manifestando que no llevaban otra mision las tropas, que proteger la escarnecida autoridad del pais. No cayeron en la red aquellas patrióticas corporaciones, y enviaron á sus síndicos comprometiéndose á castigar á los criminales. Desechado este medio, avanzaron las huestes castellanas al propio tiempo que llenaba su mision de paz el prudente marqués de Lombay, hijo de San Francisco de Borja, duque de Gandia.

Los hombres sensatos y los tímidos, se aterraron. Los comprometidos escitados por Perez, exigieron de la Diputacion reclamase del justicia la observacion del fuero de Calatayud que prohibia la entrada de tropas estrangera. Aunque inútil, por imposible la resistencia, fué forzada, y La-Nuza á convocar un solemne capitulo. Discutido con calma el citado fuero, cuya contravencion era señalada con la pena de muerte, obligando al justicia á convocar la gente necesaria para rechazar la invasion, y oida la opinion de doce letrados del claustró, y asesores, se declaró por unanimidad se estaba en el caso marcado por el fuero, decidiéndose que el justicia estaba obligado á resistir al ejército real. Aplaudida esta declaracion por el pueblo que la esperaba, precipitose en la armería, y le acordaron los jurados la distribucion por parroquias de los arcabuces y coseletes que habia. Convocóse la gente de guerra: fueron requeridos los señores para el auxilio del reino, y la Diputacion llamó á las armas á los aragoneses. Ocho dias nada mas se concedieron para los defensores de la patria. Al noveno el 8 de noviembre, se apiñaban los zaragozanos en el campo del Toro recorriendo las filas de aquella milicia improvisada en el mayor desorden, sin elemento alguno de organizacion. Embriagados con aplausos los jóvenes voluntarios contaban con desprecio á sus enemigos, y corrían en boca de todos que cuando los porteros y notarios fueron de parte del justicia al monasterio de Beruelod donde acampaba don Alonso, á notificarle la sentencia de muerte pronunciada contra él, segun fuero, no solo los escuchó, sino que mandó escoltarlos. Brillante escuadron de la nobleza de la ciudad llevaba el tradicional estandarte de San Jorge, recuerdo de las glorias aragonesas. Marchaba á su frente el justicia seguido de los lugar-tenientes, jurados, diputados, y de los condes de Villahermosa y Aranda, del supremo consejo de la Guerra. Colocado en medio de la línea, dió el justicia tres veces el grito de guerra. «San Jorge por Aragon,» y cogiendo el estandarte, desplegó al viento el antiguo pendon de la caballería aragonesa, entregándole al alférez mayor. «Vivan los fueros: viva la libertad!» respondieron los numerosos espectadores de aquella interesante escena: sonaban los clarines, agitábanse con fervido entusiasmo las plumas de las gorras, inclinábanse las banderas: todo saludaba al venerado símbolo de tantas hazañas y de tanta bizarría.

La empresa era, sin embargo, descabellada. No pasaban de cuatro mil hombres sin disciplina, sin instruccion, sin arcabuces, sin municiones. De las comunidades no habian venido mas que algunos montañeses, y escaso fué el número de los soldados de señorios. Peor era el estado de la caballería, compuesta en su mayor parte de labradores de Zaragoza. Pocos caballeros acudieron. Toda la artillería consistia en siete cañones de poco calibre que trajeron Villahermosa y Aranda de sus fortalezas.

Al paso que avanzaban los invencibles tercios de Felipe se insubordinaron algunas escuadras y pelotones de Aragon, de quienes tuvieron que huir por salvarse los citados condes. A consecuencia de tan deplorable acaecimiento, se volvieron á sus casas los soldados de señorios, retirándose indignados los montañeses, y muchos vecinos, quedando solo 1,500 hombres terror del justicia, á quien mas que esta fatalidad desalentó la reconvencion de las universidades por los excesos de aquella soldadesca, á que sirvió de

(1) Las pruebas históricas de este hecho son tan numerosas, que las cartas relativas á las intrigas y negociaciones de Killigrew ocuparian cerca de cien páginas en 8.^o

(2) Knox's life: by Mac-Crie.

(3) Melvil's. Memorias página 257.

núcleo lo peor de la ciudad. Amenazado de continuo, y apellidado traidor y cobarde, le rodearon desconfiados de una guardia especial que vigilaba sus pasos y observaba sus acciones.

Llega el 1.º de diciembre la noticia de la aproximación del ejército castellano, y es amenazado de muerte el justicia si no defiende el paso de Alagon. En vano trató de hacerse oír, saliendo al amanecer con los voluntarios. A dos leguas y á vista de los de Vargas, se escapó en Utebo á todo correr á Epila, donde se hallaba su madre. Dispérsanse los expedicionarios, y el leal don Martin de La-Nuza favorece la evasión de Perez, que partió disfrazado en compañía de Gil de Mesa. Al dia inmediato, y acogida la pretension de don Martin de abrir las puertas á todos los comprometidos si no se resistia hasta el último estremo, en cuyo caso moriria el primero, salió tambien y se reunió á Perez en Sallent, no sin sufrir todos horribles privaciones caminando en despoblado y de noche. Creyéndose seguros en el señorío de don Martin, y resuelto este á defender su castillo en vista del giro de los negocios públicos, partió Mesa á Pau el 18 de noviembre con carta de Perez á doña Catalina de Borbon, princesa de Bearne y hermana de Enrique IV, pidién-

do hospitalidad. Concedida luego, y ofreciendo á Perez la princesa cuanto estuviera de su parte, tuvo este que abandonar precipitadamente su asilo antes de recibir tan grata nueva, por acercarse á prenderle con trescientos hombres los señores de la Pinilla y de Concas, cuyo perdon pendia de aquella captura. Toda la noche del 24 anduvo disfrazado y en continuo peligro, cubiertas de nieve las sendas al borde de horribles precipicios. Llegó por fin estenuado y con trabajo á Pau el 26, donde se descubrió por esperado. Al punto vinieron á saludarle oficiales y gentiles—hombres que le condujeron á la presencia de la princesa, quien le recibió afable y obsequiosa, reiterándole sus ofrecimientos y elogiando sus talentos. No tardó don Martin en acompañar en la proscripcion á su amigo, después de inútiles tratos que le hiciera el virey y desechó Perez.

Ya el día 12 había entrado en Zaragoza sin oposición el ejército real, saliendo á recibirle el virey y autoridades.

El marques de Lombay convocó á los señores y caballeros de la ciudad, y nada se acordó en las juntas celebradas para el arreglo de los negocios del país porque habiendo jurado sus fueros, no podían deliberar mientras con infracción de los mismos permaneciese el ejército. La tiranía no aguardaba sin duda tan heroico proceder, y abusando de su posición patentizó sus torcidas miras.

Después de publicar en Epila un manifiesto espli-
cando, por que se le tachó de cobarde, su defección a
frente de los que mandaba, y protestando que co-
mo otros elementos habria resistido hasta la muerte, vol-
vió el justicia á su tribunal bien ageno de la felonía
cobarde del tirano. Salia La-Nuza el 18 de diciembre
del palacio de la Diputacion, y se dirigia á San Juan
á oír la misa de costumbre, cuando un oficial le inti-
ma se dé preso al rey. En vano protesta: en vano pide
auxilio á sus atónitos lugartenientes: numerosos sol-
dados le conducen. Son presos tambien el duque de
Villahermosa, el conde de Aranda, don Diego de Ho-
redia, señor de Bárboles, y otros caudillos meno-
res ilustres, aunque no menos valientes, llamados Pedro
de Fuentes Palaeja, Dionisio Perez, y Francisco Ayerbo.

Sin preceder ninguna diligencia leyóse al juicio la sentencia de su muerte, dictada por el déspota e carta á Vargas, del tenor siguiente: «En recibiendo esta prendereys á don Juan de La-Nuza, justicia de Aragón, y tan pronto sepa yo de su muerte como de su prision. Hareysle luego cortar la cabeza, y diga por su prision assy:—Esta es la justizia que manda hazer el rey nuestro señor á este caballero por traydor y conuocador de reino, y por aver levantado estandarte contra su rey: manda que le sea córtada la cabeza, confiscados sus bienes, y derribados sus castillos y casas. Quien tal hizo que tal pague.» El P. Ibañez, jesuita y confesor suyo, entró en seguida.

La misma suerte aguardaba al esforzado señor Bárboles y á los liberales Fuentes, Perez y Ayerbe.

Amaneció el 20 de diciembre, de luto eterno para los aragoneses. Pardas nubes oscurecían la atmósfera; la lobreguez del cielo parecía asociarse á la tristeza de la tierra. Cubierta de tropas la inmortal Zaragoza, enfiladas sus estrechas calles por la artillería, salía muy de mañana La-Nuza con grillos en los pies, sereno el rostro y resignada el alma. Dijo una vez la patria traidor el pregonero, y volviéndose á él, le dijo con gravedad: «Traidor, no.» No lejos de su casa estaba levantado el cadalso cubierto de negro, subió enlunado con paso firme, habló pocas pero graves palabras con ánimo, abrazó á los religiosos, desabrochóse el cuello, y los puños, se arrojó y puso de la manera que le dijo el verdugo, y entonó la tierna plegaria: «*Maria, mater gratiæ.*» En el último versículo cayó sobre su cuello el hacha fatal y fué alzada en alto su cabeza.

Resuenan entonces los tambores, y se inclinan banderas rindiendo los honores debidos a la ennobrada dignidad del justicia de Aragón. Escasos espectadores presenciaron tan importante ejecución. El muerto en seguida, por detrás, don Diego de Heredia (1), degollados Perez y Ayerbe, y arrastrado, agrotado y descuartizado Fuentes.

(1) Confuso ó cansado el verdugo, le mantuvo en larga agonía; despues de mas de veinte golpes, vivo aun, del tablado con la cabeza unida al cuello y agitada en intensas convulsiones.

Magnífico fué el funeral de La-Nuza, llevado en hombros de los condes de Puñonrostro y Oñate y otros caballeros distinguidos. ¡Conducta propia del hipócrita Felipe! Arrasó su casa y castillo de Bardullur, confiscó sus bienes, é hizo á su hermano don Pedro, conde de Plasencia y caballero de Santiago. Asi acabó á la edad de 23 años el justicia mayor de Aragon, y con él las libertades de su patria.

Otras ejecuciones no bastaron á saciar la sed de venganza del monarca absoluto. A fuerza de esposiciones y súplicas respetables moderó su reconcentrado y sanguinario furor, concediendo indulto, aunque con escepciones.

Quando llegó á Perez tan infausta nueva, se ocupaba en la impresion de dos folletos anónimos que escribió por complacer á la princesa y sus amigos; y mientras Enrique IV é Isabel de Inglaterra le invitaban á porfía á fijarse en París y Lóndres, la abominable Inquisición siguió activa y oficiosamente la causa, aplazándole por un término brevísimo, ofreciendo perdón, grandes premios y empleos á los que le presentasen, ó diesen muerte. Los citados folletos suministraron nuevos cargos, y se continuaba el proceso de oficio, trayendo numerosos y parciales testigos, cuando se fraguó artemeramente otro complot detestable. Un familiar del mal llamado Santo Oficio, acusó á Perez de que descendia de judío quemado por la Inquisición, como herege judaizante. Cierta era que nació en Ariza Juan Perez de Fariza, relajado y abrasado en 13 de noviembre de 1489, hijo de judíos; pero no era este ascendiente de Antonio Perez. Dada por el tribunal impío de la fé comision en forma para el exámen del hecho denunciado, catorce vecinos ancianos y honrados de Montreal depusieron contestes sobre la diversidad de familias. Como no era esto lo que se buscaba, se mandó proceder á otra informacion y en otra parte. Tres testigos rogados ad hoc, de quince años uno, familiar el otro, y sin saber nada el tercero no satisficieron las malas pasiones de los tostadores de sus semejantes, y se dispuso otra tercera, en cuyo descrédito bastará decir que uno de los tres deponentes, nacido en 1512, dijo haber conocido al Juan Perez, quemado en 1488, y los otros dos le hacian descender de oidas de la hija de un cura, Anton Perez hermano de Juan, la que casó con Domingo Martinez de cuyo matrimonio nació Gonzalo Perez, padre de Antonio.

Ya ven nuestros lectores que aun admitida esta especie, Antonio no sería Perez, sino Martinez, y espararán por tanto, que por el público decoro el odiado tribunal desechase la delacion. Nada menos que eso en los que insultando á la razon iban derechos contra la religion de Jesucristo desconociendo todo afecto natural y social, ni cabia la virtud ni su apariencia. Ofendiendo á la justicia y menospreciando la verdad, el fiscal acusó con repugnante cinismo á Antonio Perez no solo de herege, sino de descendiente de judíos. Cuarenta y tres fueron los capítulos de su nauseabunda y venenosa acusacion, despreciables unos, insignificantes otros, infundados todos, pues no habia uno solo que estuviera corroborado con el dicho uniforme de dos testigos que depusieran de ciencia cierta. A dicho de uno solo, y enemigo declarado de Perez, conferencia á este se daba entero crédito, acusándolo de sodomía. En la animosidad y furor que la Inquisicion desplegabá, bien se echaba de ver su deseo de vengarse del ministro que no disimuló su ojeriza al poder arbitrario y absurdo de tan inícuá institucion y que se habia propuesto pedir á las córtés de Madrid la suprimiesen.

Reunidos el 7 de setiembre los inquisidores, metropolitano, varios teólogos y juristas con quienes se contaba, y el ya citado regente de la real audiencia, motor directo de esta causa, dictaron sentencia que aprobó el consejo de la Suprema, y se pronunció el 20 en estos términos: «Nos los inquisidores, etc. declaramos á Antonio Perez herege formal, hugonotico convicto, impenitente y pertinaz; y en su consecuencia, condenámosle á la pena de relajacion (1) personal, cuando pueda ser habida su persona, y mientras no lo sea en estatua que lo represente, en auto público de fé (2) con sambenito (3) completo de llamarle diablos, y coroa de lo mismo en la cabeza; entregándole despues á la justicia real. La estatua llevará esta inscripcion: *Antonio Perez, secretario del rey nuestro señor, natural de Monreal de Ariza, y residente en Logroño, herege convencido, fugitivo y relapso.* Condenámosle ademas en la confiscacion de todos sus bienes aplicados al Santo Oficio, y le imponemos la pena de infamia trascendental á sus hijos, nietos, y descendientes por linea masculina, debiendo que se ejecute esta sentencia en este mismo dia y á nuestra presencia, en el auto público que ha de celebrarse

A las 8 del mañana del citado día 20, celebró apellidado Santo Oficio una de sus deseadas funciones. A nombre de un Dios de paz, asesinó á siete y nueve desgraciados que libertaron el 24 de setiembre á Antonio Perez, y entre los que solo habia un jo-dalgo. Descollaba entre todos la gallarda presencia de Miguel de Lope, hermano de don Manuel.

Fué

(2) Lectura en la plaza real de los extractos de las causas y sentencias pronunciadas por la Inquisición, presentes reos ó sus efigies, y concurriendo las autoridades y corporaciones, haciéndose allí la entrega de los condenados á relación para pronunciar la pena de muerte á fuego.

(3) Escapulario grande de color amarillo, con que se bria el reo herege ó sospechoso.

bierto de seda y oro, erguida la cabeza y sereno el semblante, lucía su gentileza el esforzado capitán. Lucida era la fila y tristemente solemne. Cerraba la procesion la estatua de Antonio Perez. Leyéronse atropelladamente los procesos, y á las nueve de la noche acabó con hachas encendidas aquella espantosa carnicería con que se saborearon los malvados opresores de Aragón.

Don Alonso de Vargas habia ofrecido en nombre del rey seis mil ducados por Antonio Perez, prodigando ademas el oro á manos llenas; y no faltó quien aspirase á la honra de asesino. Entre varias tentativas por personas oscuras, merecen citarse cuatro por la importancia de sus autores. Figuró en la primera una intrépida y hermosa habitante de las asperezas de los Pirineos, sin otra ocupacion que la peligrosa cacería de fieras á caballo, y sin relaciones. Diez mil escudos y seis briosos caballos andaluces fueron el precio de hacerse acompañar de Perez para ser arrebatado. Aceptó, fué á Pau, se hizo visitar de Perez, intimó su trato, y le amó al fin con toda la vehemencia de su indómito y raro carácter, descubriéndole las intrigas de sus enemigos, y ofreciéndole hasta su vida.

Fué el héroe de la segunda uno de los principales caudillos de las revueltas de Zaragoza, Gaspar de Burceles, á quien el virey de Aragón prometió su vuelta á España y subida recompensa si envenenaba á Perez Cogido in fraganti, fué condenado á muerte, y puesto en libertad por Catalina, princesa de Bearne, á instancias de Perez.

Estaba en Londres, y fueron sorprendidos por su misterio dos irlandeses que instigados por el conde de Fuentes fueron á matarle: sus cabezas fueron puestas sobre una de las puertas de la ciudad.

Un señor de Aragón, el de la Pinilla, tres veces intentó en cierta noche hablar á Perez estando en París. Tanta insistencia le hizo sospechoso á la guardia y registrado, se le hallaron dos pistoletos, cargados cada uno con un par de balas enceradas. Declaró su intento, promovido por don Juan Bautista Idiaquez, ministro entonces de Felipe II, y fué ajusticiado el 19 de enero de 1596, salvándose el fraile que le acompañaba.

Otras muchas tramas podríamos citar, hijas todas de la implacable saña del monarca español para cortar los días del desgraciado y perseguido Perez, á quien debía tanto; pero la fortuna le libró de todas, como si en los continuos embates de sus enemigos quisiera la Providencia recordarle para mayor castigo su debilidad y su delito. ¡Suplicio terrible que debió roer incesantemente sus entrañas, si es que en aquellos tiempos de humillacion y servidumbre la idea de la sumision y obediencia al déspota no ejercia mas imperio que la de los rectos principios de la sana moral!

Indicada la estancia de Perez en París y Londres, será demas añadir fué á la primera capital llamado por Enrique IV, y por Isabel á la segunda. Recibido ellas con distincion singular, tratado con regia pompa obsequiado á porfia por la grandeza, era en ambas cortes el hombre de moda. Vuelto á París con sentimiento de la reina de Inglaterra que otorgó á Enrique su regreso, y para el que con una carta honrosísima para Perez comisionó á don Martin de La-Núñez, que á poco fué descubierto y muerto en Tudela el fallecimiento de Felipe II ocurrido en setiembre de 1598, le hizo concebir risueñas esperanzas de volver á su familia y á su patria. En vano habia procurado perdon un célebre predicador que asistió á Felipe en sus últimos momentos.

Habia festejado el proscrito á Felipe III y era amigo del marqués de Denia, su valido y secretario. En abril de 1599 fué puesta en libertad doña Juana: á su vista lloró enternecido el rencoroso Vazquez, destituido pocos dias y desterrado, saliendo á la vez de su prisión los hijos de Perez. Acusado por doña Juana el ex-principado de Castilla del inhumano trato con que mortificara á sus hijos, la muerte del demandado puso fin á la querrela, que siguió en cuanto al resarcimiento de los daños y perjuicios.

Decaído Perez de la gracia de Enrique IV, que lle-
su interés por él á exigir su regreso á España con
condicion indispensable para el tratado de paz, y
quien enfió la renuncia de la pension que disfrutara
que no aceptó en Inglaterra por no dificultar su vuel-
y á cuyo acto fué escitado para conseguirla, deca-
tambien de la de los personajes que le rodeaban,
aislado, y reducido á la miseria viviendo de limosna
sufriendo humillaciones, lleno de desengaños, infru-
tuosas todas sus tentativas, lés de su familia y amig
y la buena disposicion del rey á causá del rencor de
Inquisicion, se entregó asiduamente á la devoció
Murió su hija Gregoria, y agoviado por la edad y s
achaques, acabó á los 72 años el hombre que por s
desgracias y raras aventuras ocupó tanto tiempo d
pues la atencion de sus contemporáneos.

Habia pedido poco antes la revision de la causa religiosa presentándose en la cárcel de la Inquisición en 21 de febrero de 1612 su viuda é hijos reproducir la solicitud. A pesar de los documentos en que la apoyaron, denegada fué por el tribunal de Zaragoza en 1616 despues de dilatar lo posible tan inícuo fallo. Consultado al consejo de la Suprema, le revocó, absolviendo la memoria y fama de Antonio Perez, sin que obstase á sus descendientes el proceso y sentencia de relacion y demas. «Hágase lo que parece, pues se dice lo es conforme á justicia» puso al márgen Felipe II quedando solemnemente rehabilitada la memoria de Antonio Perez.

NARD.

cu- | ———

OCHO ADAGIOS ESPAÑOLES.



Loca es la oveja que al lobo se confiesa.



Juegos de manos, juegos de villanos.



No es oro cuanto reluce.



El diablo harto de carne se metió fraile.



La ocasion hace al ladron.



El hombre es fuego, la muger estopa, viene el diablo y sopla...



A tal amo, tal criado.



La mala yerba mucho crece.

SEMANA LITERARIA.

EL ÚLTIMO ABATE.

I.

Los abates que tanto figuraron en el último siglo, eran uno de esos tipos extraños y curiosos que el año de 1789 hizo desaparecer para siempre, y en vano tratáremos de buscar en el día un original equivalente que se le asemeje. La única ocupación de estos digecitos era no hacer nada en las 24 horas del día: su vivienda era alguna desmantelada boardilla ó estrecho zaquizamí, recorrían la ciudad relatando las noticias más recientes, tarareando las canciones más en boga, y de una manera ú otra se proporcionaban con maña asiento en algún coche, ó un sitio en un palco de la Opera. Ciertamente que no todos los días comían, pero jamás les faltaba la cena gracias á sus cuentecillos y dichos agudos de que siempre tenían un buen acopio, y no es lo menos esencial no tener que acostarse con el estómago vacío. Aunque no tenían queridas determinadas, á fuerza de su continua asistencia junto á las damas lograban alguna vez obtener sus favores, y se aprovechaban astutamente de cualquiera querella entre amantes, de un rompimiento ó ausencia, y siempre se encontraban en estos lances prontos á suplir el intervalo entre la intriga que concluía, ó la que iba á principiar.

En un hermoso día del año de 1770 se veía trotar por las calles de París, un joven abate, procedente se ignoraba de donde, sin padre ni madre, ni aun siquiera un hermano mayor: era solo, absolutamente solo en el mundo: apellidábase simplemente Cordier: era tan abate como tú, mi amable lector, y como yo; es decir que en toda su vida había abierto un breviario, pero se había tonsurado y endosándose un alzacuello, verdadera llave maestra que abría en aquella época todas las puertas. Tenía nuestro abate veinte años: ojos garzos, mejillas sonrosadas, franca fisonomía, carácter dulce, y alegría inalterable: era complaciente con modestia, y siempre deseoso de agradar: tampoco sabemos quien lo había cuidado y alimentado hasta llegar á aquella hermosa edad, porque el joven Cordier jamás hablaba de esto, y ninguno pensaba en obligarle á que contase la historia de su infancia: ignorándola nosotros y temiendo alterar la verdad principiaremos á referirla desde el momento en que se dió á conocer.

No sabemos por qué oculto camino apareció en la escena del mundo nuestro joven héroe, pero lo cierto es que en la noche del 26 de enero de 1770 se hallaba entre bastidores en el teatro de la Opera, ofreciendo un polvo de tabaco al director Mr. Berton, que no conocía. Era el día en que se estrenaba el coliseo y se ejecutaba la tragedia de Zoroastes: la arquitectura, la escultura y ornato eran admirables, el público aplaudía con entusiasmo, los actores parecían inspirados, todos los corazones rebotaban de placer: ¿era aquella ocasión de incomodarse con las gentes que se hallaban entre bastidores?

No bien Mr. Berton había introducido el índice y pulgar en la caja de nuestro abate cuando ya se estableció una amistosa familiaridad entre ambos. Mr. Moreau arquitecto del rey, y el pintor Mr. Bassé se llegaron para felicitar al director: el abate decía que estaba encantado de la buena distribución del local, de la galería circular que proporcionaba tantas y tan cómodas salidas; admiraba el bellissimo fresco del techo en que se veían las nueve musas y el genio de las artes presentando á los mas sobresalientes líricos: Apolo sobre un carro de fuego ahuyentaba con sus ardientes rayos á la ignorancia y envidia: varios globos matizados de bellissimo azul y sembrados de lises, sostenidos por los ingenios de mas nombradía y graciosos geniecillos formando con guirnalda de brillantes flores una vistosa cadena cerraban el cuadro: el salón puede contener cómodamente 2,500 personas: se han suprimido las columnas que dividían é incomodaban á las personas que ocupaban los palcos: ¡oh! ¡todo es grandioso!

Se conoce bien, añadía entusiasmado, que Mr. Moreau se ha empapado en los buenos modelos de la artística Italia: la acústica está entendida escelerentemente, todo está calculado, previsto y dispuesto de manera que nada deja que desear para la comodidad de los espectadores, y prosperidad de la empresa.

Así expresaba su parecer el joven abate con grande satisfacción de los tres que le escuchaban, y desde luego se captó su cariño: lejos de preguntarle el director con que permiso se hallaba en aquel sitio, le concedió en el acto mismo entrada franca: Mr. Moreau le llevó á su palco para presentarlo á su esposa, y Mr. Bassé le rogó honrase su mesa al día siguiente.

No vayamos á creer que Cordier prodigaba elogios á todo el mundo por adulación ó interés: no, jamás hubiese proferido una palabra que no estuviese de acuerdo con su interior convencimiento: tan entusiasta delo verdaderamente bello como bondadoso por naturaleza su corazón se complacía en alabar el mérito cuando podía hacerlo sin mentir.

A la hora que principia nuestra historia el inventario de nuestro abate no era muy largo: su caudal se reducía á cuatro escudos de seis libras; dos que llevaba en su bolsillo, y los dos restantes que guardaba cuidadosamente envueltos en un papelito, estaban destinados para pago del alquiler del cuarto: su guardarropa consistía en un vestido, un sombrero y un par de zapa-

tos, es decir, que todo lo llevaba á cuestas: en rigor esto se llama tener lo estrictamente necesario.

Había almorzado aquel día ignoramos donde: el cuarto lo tenía pagado adelantado, pero el plazo terminaba dentro de poco tiempo, de manera que el mismo Cordier no sabía donde dormiría el último día de marzo; empero él por nada se inquietaba, tanto era lo que confiaba en las bondades del cielo, que sin embargo no le trataba como á hijo predilecto y mimado.

Al siguiente día se hallaban sentados á la mesa de Mr. Bassé, el director, el arquitecto de la Academia real, con varios censores de la Comedia francesa, sujetos todos ilustrados que amaban y cultivaban las artes: el abate se hallaba en sus glorias, hablaba como hombre que entiende un poco de todo, pero sin pretender darse importancia, con una modestia, sinceridad y acierto admirable: hizo los honores á todos los platos, encontró el vino delicioso, y no hizo uso de la palabra sino cuando le llegó su turno: entonces contó una historieta alegre y divertida, aunque no larga. Luego que concluyó, Mr. Berton lo convidó á comer á su mesa el siguiente día, y Mr. Moreau para el inmediato. Uno de los comensales que daba un banquete en la fonda, le rogó fuese uno de los convidados: los demás comensales le hicieron iguales ofertas ofreciéndole uno tras otro un cubierto en su mesa, de manera que desde luego se encontró con cuatro comidas aseguradas. Todavía le faltaban las del viernes y sábado, pero eran días de vigilia y se consoló pensando que si lograba almorzar, la Providencia velaría por lo demás: en cuanto á la del domingo la abandonó al acaso, diciendo con justa razón que algo se había de dejar á la suerte.

Sobre todo donde recibió mas muestras de cariño fué en casa del arquitecto del rey: tenía este dos niñas traviesas y revoltosas, y nuestro abate logró entreteñerlas toda una tarde haciéndoles mil juegos de naipes, y otras habilidades: la madre estaba encantada, y viendo lo que se divertían con el joven Cordier, le rogó frecuentase su casa siempre que se lo permitiesen sus ocupaciones. Es de suponer que nuestro abate hizo cuanto pudo para complacerla: abandonaba los parages en que mas complacido estaba, y todas las noches á las nueve acudía sin falta, sentaba á las niñas en sus rodillas, las contaba el cuento de las siete leguas ú otros semejantes, que aunque las niñas los sabían de memoria, los refería él con tanta gracia, que siempre les parecían nuevos. Debemos sin embargo hacer justicia á nuestro joven héroe: á pesar de la amistad que le unía á esta familia, jamás abusó de ella ni del permiso que se le había dado, y no se sentaba á la mesa sino los días prefijados, á no ser que se viese obligado por la necesidad.

De día en día se aumentaba el cariño que le profesaban Mr. Moreau y su familia, y Cordier se consideraba feliz, pero el mes de marzo iba á espirar muy pronto y el abate no tenía ni un maravedí para pagar el alquiler: estaba amenazado de quedarse en la calle, asunto harto grave y peliagudo.

Una noche María Moreau estaba bordando: de pronto sacó de la faltriquera un librito de memorias, lo hojeó, y echándose á reír preguntó ¿cómo era que todavía no tenía anotadas las señas de la casa en que vivía su amigo Mr. Cordier?

—Señora, contestó este, lo advertís muy á tiempo porque dentro de tres días ya sería tarde, y yo no sabría qué responderos.

—¿Vais á mudar de habitación? os compadezco, es cosa bien incómoda y fastidiosa.

—No es lo mas incómodo y difícil el mudarse, tampoco lo es encontrar otro cuarto, lo mas árduo y terrible es verse obligado á pagar dos meses adelantados no teniendo dinero.

La señora sin hablar palabra se levanta de su asiento, llama aparte á su marido, conferencia con él un breve instante, y volviendo á tomar su labor despues de un corto silencio.

—Señor abate, le dijo, en el piso alto tenemos una salita que nadie ocupa; si queréis venir á vivir con nosotros mi esposo os la ofrece de buena voluntad.

—La acepto con toda mi alma, señora, sin hacerme rogar.

—Vuestra cama estará puesta desde mañana, y podreis venir cuando os acomode.

Viendo María Moreau que el gozo y reconocimiento habían sellado los labios del abate, le alargó la mano por encima del bastidor, y añadió mientras que él imprimía en ella en respetuoso beso:

—Muy alegres se pondrán mis niñas cuando sepan que van á tener en casa á su buen amigo!

A la siguiente mañana entraba Cordier en casa del arquitecto llevando debajo del brazo envuelto en un pañuelo un lio que no pesaba tres libras: se le condujo á un cuarto piso donde había una salita muy curiosa y decentemente amueblada, quedando hecha con esta facilidad la casa-muda.

II.

Los que vivían en el siglo pasado, aun cuando la fortuna les fuese adversa, encontraban en sí mismos un motivo de consuelo y un poderoso recurso contra su mala suerte, es decir que no eran ambiciosos. Jamás le hubiera pasado por las mentes á un simple abate la idea de aspirar á ser un alto potentado; ni la negra envidia y ambición acibaraban los hermosos años de su florida juventud: y esta es precisamente la disposición de ánimo en que se encontraba nuestro Cordier. Luego que abrió los ojos, herido por los primeros rayos

de la matinal luz, y cuando se vió muellemente tendido sobre un mullido y cómodo lecho; las cortinas de blanco percal, las cuatro sillas de paja simétricamente arriadas á la pared, y la pulimentada cómoda de nogal, pensó que soñaba y se consideró mas rico que un emperador de Oriente; pero su admiración llegó á lo sumo cuando vió entrar al ayuda de cámara de Moreau y que le presentaba una gran jicara de chocolate con su correspondiente panecillo, y un par de chinelas para calzarse, en tanto que se daba lustre á sus zapatos; desde luego se juzgó trasportado al palacio de la Gata blanca, y servido por genios benéficos. Dió rendidas gracias al Supremo Ser, y se vistió alegremente, tarareando una ária de Céfalo y Pocris, música del célebre Rameau.

En tan venturoso día, nuestro joven abate se sentía mas ágil, mas ligero que de costumbre; todo le veía de color de rosa; parecía estrecho el universo. Antes de salir de casa para ir á la de Mr. Berton, entró en la sala, en que estaban Mr. Moreau y su esposa jugando con sus hijitas; la madre hacia bailar sobre sus rodillas á la mas chiquita, cantándole al mismo tiempo la siguiente letrilla:

Sola una camisa
tienes, niña amada,
y esta muchas veces
está en la colada.

Una nube ofuscó la mente de Cordier, cuando oyó estas palabras; y su rostro se encendió como una ascua; abrió y cerró maquinalmente su caja, sin tomar un polvo; púsose en pié, y despues de haber dado una vuelta por la sala con aire preocupado, tiró de la casaca al arquitecto.

—Señor, le dijo con trémulo acento; no creo que vuestra esposa, que es la misma bondad, haya tenido intención de burlarse de un sugeto que la es tan adicto: pienso mas bien que haya sido una chanzoneta inocente y sin ánimo de ofenderme....

—No os entiendo, mi querido abate, ¿qué queréis decir?..

—Quiero deciros, señor, contestó este, que yo en verdad no tengo mas de una camisa, y aun esta está en la colada como la de la canción.

—Estad seguro, amigo, que mi esposa ha obrado sin malicia, y que ella ignora si teneis ó no camisas; ademas, vuestra casaca la llevais abrochada hasta el cuello, y yo por mi parte os veo tan bien vestido... sin embargo, yo advertiré á mi esposa que en lo sucesivo tenga cuenta con lo que canta.

Mr. Cordier estrechó amistosamente la mano de Moreau, y marchó en casa del director de la Opera.

Lo encontró que estaba conferenciando con mademoiselle Doligny, que solicitaba le concediese una función para beneficio suyo. El público apreciaba esta joven actriz, que desempeñaba perfectamente los papeles de dama joven; pero como sucede á los grandes talentos, la envidia de sus compañeras le acreaba mil disgustos; no le daban los papeles en que podía lucirse, pretextando que estos correspondían á las partes principales.

Sus apasionados querían que en la noche de la función se representase el *Endimion*, del difunto Fontenelle; Mr. Berton oponía mil dificultades; pero gracias á las razones é instancias de Cordier, que abogó por la actriz, cedió al fin con grande satisfacción de esta. Sin ser una hermosura completa, Mlle. Doligny tenía una presencia interesante; un metal de voz que llegaba hasta el corazón, semblante fresco y risueño, labios de clavel, y un cierto no se qué que hechizaba á primera vista; dió gracias al abate por sus buenos oficios é interés que había tomado por ella, y lo hizo con tanta gracia, con tanto candor, que nuestro joven quedó enagenado de placer.

Por las habillitas y chismografía de entre bastidores, sabía la Doligny que el abate era hombre de talento y buen sentido, y como ella necesitaba un Mentor que la aconsejase, y un escudo que parase los tiros que la asestaban sus enemigos, le rogó vivamente asistiese á los ensayos, y aun le brindó con su cuarto el día del beneficio, para que presidiese á su tocador, por si ocurría alguna dificultad. Buen cuidado tuvo este de no faltar á la cita, lo que fué un bien para los dos.

Es el caso, que la joven actriz había encargado á un diamantista la hiciese una luna creciente de pedrería y oro; adorno indispensable para desempeñar el papel de Diana; se la llevaron una hora antes de levantar el telon; pero al prendérsela se advirtió que el cerco que debía sujetarla á los cabellos, desgraciadamente era mucho mayor de lo necesario. La pobre Doligny lanzaba gritos de desesperación; sus compañeras estaban bañadas en agua rosada, veían humillada á su rival; pero en tan apurado lance Cordier no se aturullaba; entendía un poco de cerrajería, y con la mayor calma se arma con una lima, una llave le sirve de martillo, un tirador de un cajón suple por la bigornia, y principia á operar con tanto acierto, que antes de un cuarto de hora, el cerco de oro está arreglado y colocado por sus propias manos en la sedosa cabellera de Doligny, con la mayor seguridad y gusto.

Mlle. Doligny enjugó sus lágrimas; quedó en extremo complacida cuando al mirarse al espejo vió que estaba arreglado todo perfectamente bien; volvióse en su de cara al abate.... en aquel momento deslumbraba su hermosura y juveniles gracias.

—Dadme un abrazo, en premio de vuestro trabajo.

esclamó ella alborozada, espero que él me acarreará la dicha.

Cordier la besó ambas mejillas, y el veneno del amor, un fuego desconocido circuló por primera vez en sus venas. Iba á principiar la función y el abate fué á ocupar su asiento en la orquesta oscurecidos sus sentidos con el mas cruel desorden, y un peso enorme en el corazón; porque ¿cómo era posible que un miserable joven como él pudiese aspirar á lograr fineza alguna de una actriz de la Comedia francesa? procuró no pensar en tan temeraria empresa, y reunió todas sus fuerzas para lanzar de su pecho sus nacientes deseos.

Entre tanto Mlle. Doligny conseguía repetidos y completos triunfos: el público aplaudía con entusiasmo: y una lluvia de flores y coronas acompañó la caída del telón. Luego que concluyó la función nuestro abate corrió apresurado al cuarto de la actriz, pero estaba todo lleno por un enjambre de amigos y altos personajes que habían ido á felicitarla. Estirándose cuanto pudo y poniéndose de puntillas apenas logró el joven Cordier vislumbrar á la reina de la noche recostada negligentemente sobre un sofá envuelta en una cubierta de pieles. Se alejaba ya con el corazón oprimido cuando una joven cogiéndolo por el brazo, lo llamó á parte y le entregó un billete.

«Mi querido abate, decía, vuestro beso me ha atraído la dicha como yo esperaba: venid mañana á desayunarnos conmigo á eso de las 10: á los necios y fastidiosos los recibiré á mediodía.

Julia Doligny.»

¡Gran Dios! ¡esclamó Cordier dando brincos en medio de la calle, dos horas, me concede pasar dos horas á solas con ella! ¿qué podré decirle, como la ocultaré mi amor?

Su pecho fluctuaba entre el temor y la esperanza, y cuando entró en su aposento echó una abatida mirada en torno suyo: su modesto aspecto y el convencimiento de su pobreza abatieron las alas de su corazón. No, suspiró él con acento desanimado, jamás me atreveré á esponerme á sus ardientes miradas: ya que no me es dado aspirar á tanta felicidad, evitemos al menos los peligros; ¡por cierto pegaría bien obsequiar á una sobresaliente actriz á un miserable como yo que ni aun tengo camisa!

Tomada tan heroica determinación nuestro Cordier principió á tararear la letrilla de Mme Moreau:

Sola una camisa
tienes, niña amada.

Abre entre tanto un cajón de la cómoda para guardar el precioso billete de la seductora Doligny..... ¡oh sorpresa! ¡oh milagro! vé dentro seis blancas y nuevas camisas. Las maravillas de la civilización europea que se presentan de repente á la vista del estúpido bárbaro que por la vez primera atraviesa el Bósforo no deslumbran tanto como sorpresa causó á nuestro abate tan inesperado hallazgo; no se atreve llegar á ellas con sus manos, teme que se evaporen, ó que es una ilusión de sus sentidos.

—¡Oh! Mme. Moreau, exclamó con emoción, ¡vos sois una segunda Providencia!

El diablo, que sin duda estaba envidioso de la dicha del joven, hizo que reparase en un agujerito que se había hecho en el codo de su casaca, pero Cordier no era hombre capaz de abatirse por tan pequeña avería.

—Esto no es nada, dijo con aire risueño, no se falta á una cita si se tiene una hebra de seda con que hacer un zurcido.

Y se acostó alegremente: aquella noche soñó que estaba en el paraíso de Mahoma, y que el mismo profeta no tenía un traje tan magnífico como el suyo.

III.

A la siguiente mañana estaba nuestro abate mirando estasiado en su espejito de bolsillo el sorprendente efecto que producía puesta su pespunteada y finísima camisa: después de una prolija y detenida contemplación llamó al ayuda de cámara, y pidió le trajese la casaca.

—Aquí la teneis, caballero, dijo el criado con aire misterioso y significativo.

Cordier sin hacer alto pasa el brazo por la manga, y queda estático de sorpresa.

—¿Qué veo! exclamó, ¡esta casaca es nueva!

—Así es, señor abate.

—Pero, como es que....

—Lo ignora, señor, mi amo me ha dicho que era la vuestra, y yo os la traigo.

—¡Ciertamente! no puede llegar mas á tiempo.

Y Cordier bajaba saltando de cuatro en cuatro los escalones diciéndole entre sí, ¡soy el mortal mas feliz!

Ya hacia 24 horas que la fortuna se complacía en favorecer á nuestro amigo, y era preciso que esperimentase algun contratiempo que acibarase su contento. Luego que llegó en casa de Mlle. Doligny reparó, al pasar por el comedor, que había cuatro cubiertos en la mesa: en efecto encontró en la sala á un millonario y un oficial de guardias que estaban convidados.

—Adios mi desayuno á solas, pensó Cordier. ¿Pero cómo diablos podía lisonjearme que tan divina criatura había puesto los ojos en mí?

Desvaneciéronse pues sus doradas esperanzas, mas no por eso se desconcertó: vió que era preciso aparentar buen humor en esta ocasión. No tardó en presentarse la joven actriz en un esmerado negligé. Dió gracias al millonario por el collar de perlas que le presen-

taba, alargó la mano al militar, y se sentaron á la mesa. Cordier estaba mortal; con todo, cobró ánimo luego que advirtió que su presencia desconcertaba á sus rivales, y que eran mas necios: en su consecuencia se propuso hacer él el gasto y animar la conversación contando algunos chistes agudos, ó alegres cuentecillos.

—En verdad, caballeros, dijo la ninfa dirigiéndose á sus convidados, os veo tristes y taciturnos; ¡pareceis unos capuchinos! Abate, continuó en ocasión que se habían servido unos espárragos, contadme si os place alguno de los infinitos chistes que se atribuyen á Fontenelle, mi autor favorito.

—Solo sé uno, señora, que hace ver su serenidad y sangre fría: el abate Dubos era íntimo amigo de Fontenelle desde su infancia y todos los días iba á almorzar en casa de este; los dos eran en extremo apasionados á los espárragos, y los comían mientras duraba la estación; empero Dubos los quería condimentados con salsa, y Fontenelle simplemente en ensalada, y esta diferencia de gustos era el caballo de batalla, un manantial de interminables disputas y festivas chanzonetas. Un día en que se disponían á comer su plato favorito, cayó Dubos atacado de una apoplejía fulminante: Fontenelle se inclina, coge la mano de su amigo, lo pulsa y ve que ha muerto. Sin detenerse abre la puerta y grita al cocinero. «Saca todos los espárragos en ensalada.»

—Ya sabía yo ese chiste, dijo el millonario.

—Yo no, pero no le encuentro mucha gracia.

Estas contestaciones acabaron de convencer al abate que sus dos comensales estaban celosos, y por lo mismo contó otras historietas de su invención, para ver si el millonario decía que ya las sabía, ó las encontraba insulsas el capitán. Al levantarse de la mesa notó que sus dos rivales lo miraban de pies á cabeza con cierto aire de desprecio, y que cada uno por su parte deseaba hablar dos palabras al oído á la Doligny.

—Caballeros, dijo esta, que sin duda había conocido su intención, podeis decirme en alta voz cuanto gustéis: no soy una marquesa ni hago un misterio de mis operaciones; deseais que me decida por uno de vosotros, decís que debo tener un amante... pues bien, mi elección está hecha: desde este momento el señor abate es mi querido; he leído en sus ojos que me ama y yo os declaro que es de mi gusto.

Cordier cayó de rodillas á los pies de su amada y besó entusiasmado la blanca mano que le alargó esta.

—¡Ah! señora, exclamó el abate con acento conmovido, esta es la vez primera en mi vida que mi corazón se siente inundado del mas puro placer: jamás se borrará de mi memoria este feliz momento, y el mismo cielo no puede darme un pesar que me lo haga olvidar.

Esta espresión fué harto imprudente como veremos mas adelante, pero es el lenguaje de todos los enamorados. Mlle. Doligny poseída de los mas tiernos sentimientos le respondió que ella estaba hechizada de haberle inspirado un amor tan sincero y ardiente, y que sería correspondido.

Oído esto el millonario y su colega encasquetaron sus sombreros hasta las cejas, y marcharon dando un terrible portazo sin que los nuevos amantes lo echasen de ver. Desde esta declaración el abate fué el Endimion de la bella Diana, bajo cuyo nombre fué conocido entre bastidores mientras duraron sus amores.

No era nuestro buen Cordier uno de esos necios vanidosos que cifran su mayor placer en hacer pública ostentación de su buena fortuna: amaba sinceramente la Doligny por ella misma, no por la gloria que le resultaba: lo mismo la hubiera adorado si solo hubiera sido una simple pastorcilla.

Por cierto era cosa harto chocante y divertida ver á este hombre modesto que solo tenía un par de calzones, pasar por delante de los poderosos que hacían la corte á la joven actriz que apoyada en su brazo le dirigía dulces miradas á las mismas barbas de los mas estirados marqueses. Los desdenados se reían en público, pero interiormente rabiaban como perros. Mlle. Doligny quería regalar un magnífico traje de terciopelo carmesí á su Endimion y que se despojase de su casaca y alzacuello, porque habían llegado á sus oídos algunas habillitas satirizando la pobreza de su amante, pero este procedió con cordura y juicio, y no quiso consentir: lo único que pudo conseguir la joven fué que aceptase un vestido negro de seda bordado por sus propias manos. El día que lo estrenó halló dentro un bolsillo bien repleto: así que lo vió mil escrúpulos asaltaron la delicadeza del joven abate: preséntase apresurado en casa de su querida, y no sabiendo como espresarla lo que sentía su corazón, la miraba tímidamente haciendo sonar al mismo tiempo las monedas de oro que llevaba en el bolsillo.

—Leo en vuestro semblante lo que estais pensando, amado Cordier: si yo fuese una princesa me parece que no andariais con una delicadeza tan intempestiva: pues bien, sabed querido, que yo quiero ser para vos superior á la mas encumbrada soberana de la tierra: si vuestro corazón es tan apocado, tan mezquino que se avergüenza de aceptar de su amada esa friolera, arrojadla por el balcón.

—Mi corazón está bien puesto en su lugar, y no es mezquino, querida Doligny, y no debeis incomodaros por mi delicadeza: acepto el presente y os doy las gracias con toda mi alma.

Mr. Moreau reía á carcajadas cuando supo la buena fortuna y triunfos de su amigo Cordier.

—Id con cuidado, mi querido Endimion, le decía;

la luna tiene tres cuartos: ella os amará todo lo que dure su creciente.

Mr. Berton se alargaba un poco mas.

—Estos amores durarán hasta el novilunio.

Los satíricos y chuzones preguntaban: ¿cuándo es el eclipse?

—Cuando al sol se le antoje jugarme alguna mala partida, estoy dispuesto á todo como el sabio, contestaba el abate.

Empero el cariño de la Doligny se mantenía firme á pesar de todos los pronósticos, y transcurrió dulcemente un año entero sin declinar, lo que no es poco en una actriz de la ópera.

Un marqués de hermosa presencia vino á interponerse y á echar por tierra la felicidad del pobre abate: era pródigo si los hay, arruinado en toda la extensión de la palabra, abrumado de deudas, gastado de cuerpo y espíritu, en fin un hombre completo, adorable segun el gusto de aquel tiempo. En el corto espacio de dos horas desbancó á Cordier sin necesitar mas que *llegar y vencer*, como César. Cordier vió el rayo que lo hería y quedó consternado.

—Querido joven, le dijo su infiel amiga, frecuentemente me habeis asegurado que si llegaba el caso de que dejase de amaros tendríais valor para soportar esta desgracia, y hé aquí el momento de manifestarlo; mas no por eso dejaremos de ser siempre unos buenos amigos, pues sería grande mi dolor si dejáseis de venir á verme.

—La sufriré con valor, pero no conteis con volverme á ver: no me degradaré á sentarme en el último banco de los contrabajos habiendo ocupado la silla preferente de director de la orquesta.

Después de haber dado esta respuesta digna de los tiempos antiguos, el abate se retiró heroicamente, pero no se encontró con las fuerzas de que tanto había blasonado: estas solo las tienen los egoístas ó indiferentes. En público su semblante aparecía tranquilo é impasible, y sus amigos ni aun remotamente sospechaban el cruel estado de su alma; empero su corazón estaba atravesado mil veces al día, y cuantos objetos se presentaban á su vista le recordaban su perdida felicidad, y las mas amargas memorias despedazaban su oprimido pecho.

—¡Infeliz de mí! exclamaba torciéndose los brazos, ¡ah! ¡porque me he lanzado imprudentemente en este mundo engañoso donde imperan las pasiones, lejos del cual hubieran pasado una vida tranquila y apacible! ¡qué clase de seres son esas mugeres que respiran siempre en este infierno, y viven á placer como el pajarito en el frondoso árbol del bosque!

Y el pobre joven en el momento mismo de ir á maldecir el nombre de su ingrata se arrepentía y bendecía al cielo que le había concedido disfrutar algunos días venturosos antes de morir. En una palabra, Cordier, víctima de la mas negra desesperación, resolvió dar fin á una existencia tan llena de amargura: concibió la idea de ir á encerrarse en la Trapa, pero su estrella era de humor mas alegre y travieso de lo que él juzgaba, como vá á ver el curioso lector.

IV.

Firme en tan loable propósito nuestro misántropo, alquiló un carruaje que debía conducirlo á un convento trapense situado cerca de Abrantes: metió en un bolsillo los quince luses de oro que le restaban, lió su ligero equipage, y marchó sin decir á nadie donde iba: era á principio de mayo y los benéficos rayos de un sol de primavera comunicaban un suave y templado calor á la tierra; los campos y prados se cubrían de una verde alfombra, y los árboles se vestían de brillantes y lustrosas hojas: empero el fugitivo joven abandonado enteramente á su dolor permanecía insensible á los hechizos de tan risueño panorama: ademas viajaba entre una caterva de tratantes de ganados que ciertamente no son gente muy á propósito para distraer y divertir; así, pues, lo que hizo fué entregarse mas y mas á sus tétricas cavilaciones, y contra su costumbre guardar un sombrío silencio durante el camino.

Al cuarto día cerca de anochecer, llegaron á la pequeña aldea de Mortain, no distante de Abrantes, é hicieron alto para pasar la última noche en el único meson que había en el pueblo: era el ama de la posada una joven de veinte y cinco años; ojos retozones y atractivos, formas redondeadas, manos diminutas y gruesecillas, labios de coral, y su esbelto talle lo ajustaba un delantal blanco como la nieve. Cordier no estaba de humor para fijar su atención en aquella venteril hermosura, y menos para requebrar mesoneras: ademas llegaba á tanto su modestia y poca presunción que ni remotamente sospechaba que su juventud y hermosa presencia pudiesen herir el corazón de una muger al primer golpe de vista. La mesonera que en lo que menos pensaba era en hacerse trapense, se apercibió desde luego de que el abate era un bello muchacho, y al parecer devorado por algun pesar: luego que vió su melancólico y abatido semblante, y su torneada pierna, quedó prevenida á su favor: deseaba saber quien era aquel gallardo mancebo, de dónde venia y cual era la causa de su abatimiento. Para satisfacer su curiosidad y naciente inclinación, mandó le pusiesen mesa á parte en un cuartito retirado, en tanto que ella ponía otra en la cocina para los demas pasajeros.

Nuestro abate comía su potage maquinalmente, y sin hablar una palabra, mas luego que hubo tomado algunos bocados de un rico estofado de liebre, y bebido media botella de añejo vino, se sintió menos descon-

solado: el ama que le servía por su propia mano y que lo miraba con ojos compasivos, juzgó favorable aquel momento para entablar conversacion: toma una silla, se sienta frente á su huésped, y le pregunta si está buena la cena.

—Escarlante, respondió Cordier.

—Lo decís por cumplimento, replicó aquella; porque os veo tan pensativo y distraído, señor abate, que se conoce que ni siquiera habeis notado el sabor de lo que habeis comido: apuesto á que no sabeis decir que es lo que acabais de cenar.

—Así es la verdad, señora: no sé lo que hago, no estoy en mí, porque soy el hombre mas desventurado que pisa la tierra.

—¡Dios mio, que lástima! yo estoy sin consuelo... pero que desgracia tan grande puede ser... ¿quereis consolarla, señor abate? á nadie lo diré.

—Desco complaceros; tal vez comunicándolas se aliviarán mis penas.

Y sin detenerse, contó sus amores con la Doligny, y el modo con que habian concluido. La mesonera de codos sobre la mesa, apoyada la cabeza en sus manos y con la boca abierta, escuchaba atentamente la historia sin perder una letra: jamás habia oido hablar de los teatros de la capital: todo lo que habia oido le parecia un cuento de hechiceras, y se complacia en tener delante al héroe de esta aventura. El abate que comenzaba á sentir los benéficos efectos de una buena digestion, estaba cada vez mas complacido de su actual situacion, y el tierno interés que le manifestaba la bella mesonera dulcificaba sus penas de un modo prodigioso. Concluyó su relacion exhalando un profundo suspiro y con el acento sentimental de un pastor de Arcadia murmuró:

—Esta es la última vez que hablo de mis desgracias con persona alguna.

—¿La última vez? ¡Ah! ¿Y por qué la última?

—Porque mañana voy á sepultarme en la Trapa.

—¡Virgen Purísima! ¡tan joven! ¡en tan hermosa edad! ¡ah! ¡si pudiera yo disuadirlos!... ¡impedir semejante locura!... disimulad, señor abate, estoy tan trastornada con lo que acabais de decir....

Y la sensible mesonera se levantó de su asiento y salió de la sala llorando á lágrima viva.

Comovido Cordier con tal muestra de amistad se le asomó tambien una lágrima á los ojos, y cuando se metió en la cama, no pudo menos de confesarse á sí mismo muy quedito, que su resolucion vacilaba alguna cosa.

Al rayar el alba del siguiente dia entró el ama en su aposento.

—Señor abate, le dijo, van á enganchar los caballos, mas si quereis seguir mi consejo debeis dormir hasta bien entrado el dia, y si mañana insistis en vuestro propósito, prometo llevaros yo misma en mi carrito hasta Abrantes.

Los espíritus están débiles y las ideas embotadas y confusas cuando al amanecer está el hombre medio dormido; y en este estado se encontraba nuestro abate: oyó que le llamaban y entreabrió los ojos, estiró los brazos, se esperezó y dijo entredientes que dilataba el viaje hasta el dia siguiente, y sin añadir mas, dió media vuelta y volvió á dormirse.

El carruaje marchó de vacío. Mas de las diez eran cuando bajó. La huéspeda habia estrenado una graciosa y elegante papalina, y á nuestro jóven le pareció mucho mas fresca y hermosa que la noche anterior. Ella misma le sirvió un suculento almuerzo.

Después lo acompañó á dar un paseo por su jardín, le presentó las flores mas bellas, y nada omitió para agradarle, de manera que iba insinuándose insensiblemente en el tierno corazón del jóven abate.

Llegó el dia siguiente, pero no marchó, porque el ama le rogó que permaneciese hasta el sábado que era dia de mercado. No sabemos lo que pasó entre la bella mesonera y Mr. Cordier; pero lo cierto es, que el sábado llegó, que ya no se habló de la Trapa y que la señora envió una criada al mercado con el carrito. Lo que únicamente hemos podido averiguar es, que se dijo por el lugar, que un muchacho encaramado sobre una tapia del meson habian visto al abate arrullando en sus brazos á su linda tortolilla. Mas de una semana habia pasado ya, y él se estaba quietecito en Mortain sin pensar en retirarse del mundo.

(Se continuará.)

Episodio marítimo.

LA NOCHE BUENA DE 1841 EN EL ESTRECHO DE GIBRALTAR.

A las cuatro de la tarde del dia 24 de diciembre de 1841, la bahía de Cádiz presentaba un cuadro digno del pincel del paisista Villamil.

Las aguas, agitadas por un fuerte viento Nordeste, rodaban en anchas olas todo lo largo del canal, haciendo crujir los robustos cascos y empujados mástiles de los buques, que horas antes se balanceaban con gracioso movimiento sobre la superficie tersa del Océano.

Todos los bageles que en el transcurso del dia habian salido en distintas direcciones, volvian de arriba al mismo punto, á guarecerse del horroroso temporal que por momentos arreciaba, y hacia sumamente peligrosa la navegacion á las inmediaciones de la bahía.

Mas tras otro iban internándose por el canal, y se

abrigaban del viento y las olas detrás del castillo de Puntales, en cuyas inmediaciones el agua permanecía tan tranquila como la de un estanque.

A las cinco ya no quedaba en la boca de la bahía mas buque que el Royal-Thar, vapor inglés de fuerza de 230 caballos, que saliendo de Londres y tocando en la Coruña, Oporto, Lisboa y Cádiz, hacia sus viajes quincenales á Gibraltar.

Dos grandes áncoras atadas fuertemente al extremo de gruesas cadenas y aferradas en el arenisco fondo de la bahía, podian apenas impedir que la embarcacion fuese arrastrada por las olas cada vez mas furiosas.

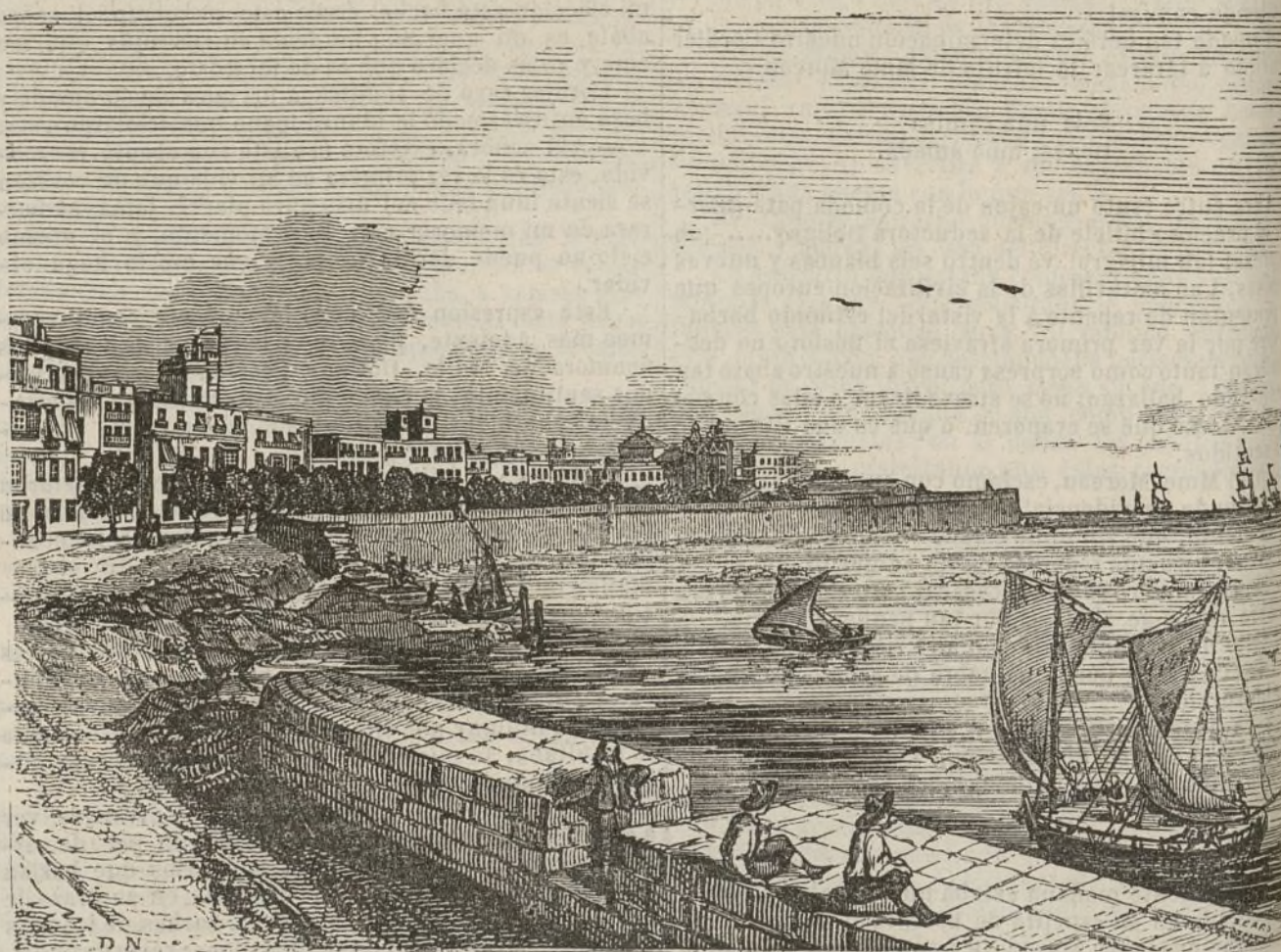
Ocultaba el sol su pálido disco en el lejano horizonte, tras una masa de negros nubarrones.

En este instante, los pasajeros, en número de 30 personas, fuimos llamados al magnífico salon de popa, en el cual se paseaba el capitán, verdadero tipo del marino inglés, con las manos metidas en los bolsillos de su largo y verdusco gabán.

A una invitacion suya formamos un círculo, en cuyo centro se colocó, permaneciendo silencioso por un momento.

—Señores, nos dijo: vds. ven el temporal que reina, dentro de una hora arreciará mas. No podemos sostenernos sobre nuestras áncoras, y voy á escribir á mi consignatario para hacerle ver el estado en que nos encontramos. Si me manda salir, me veré precisado á obedecer con riesgo inminente de la vida. Si por el contrario me permite permanecer, nos retiraremos hacia la Carraca hasta que calme la borrasca. Digo á vds. esto, prosiguió, para que el que no quiera esponerse al peligro del viaje, caso que se me mande emprenderlo, tenga prevenido su equipage para pasar á tierra en las lanchas, que pondré á su disposicion.

Al escuchar esta arenga nada satisfactoria, y que el capitán nos dirigió con la mayor naturalidad, empezó una ruidosa consulta entre todos los pasajeros, resultando de ella que, escepto tres, los demas se dispusiesen á volver á Cádiz, preparando sus equipajes.



Vista de Cádiz.

ges mientras llegaba la respuesta del consignatario. Esta no se hizo esperar, y por cierto que no podia ser mas lacónica. Decía así: «La correspondencia la tiene vd. á bordo: vd. sabe su deber.—Z...»

El capitán hizo un gesto casi imperceptible de cólera, y mandó que todas las embarcaciones pequeñas se cargasen con los pasajeros y sus equipages.

Después de un cuarto de hora de continuas idas y venidas, todos los pasajeros se embarcaron, y conducidos una vez á tierra, nos dispusimos á llevar el ancla.

Las murallas de Cádiz estaban coronadas de espectadores, que miraban con ansia é interés la lucha que iba á trabarse entre el hombre y tres terribles elementos: el agua, el viento y el fuego.

Los otros dos pasajeros, que como yo, habian preferido emprender el viaje á quedarse en tierra, eran dos oficiales del ejército, que marchaban á unirse á su cuerpo acantonado en Algeciras.

Llegó por fin el momento de marchar; las anclas, arrancadas del fondo del mar, se recogieron sobre cubierta, y los balances del vapor fueron tan grandes, que mis dos compañeros de viaje empezaron á sentir fuertes mareos, viéndonos obligados á bajarlos á sus camarotes.

Yo por mi parte, habituado ya á viajar por mar, nada sentí, y después de animar á los pobres marca-

dos subí á cubierta. El capitán me agradeció por la parte que voluntariamente queria tomar en los peligros que íbamos á correr, y su agradecimiento subió de punto cuando le dije que contase conmigo para cualquiera maniobra, en el caso que necesitase de brazos para verificarla.

La noche comenzaba á cerrar. El mar iluminado con su luz fosfórica el casco negro del vapor, que con rápido movimiento hendia las olas con toda la fuerza de su pujante máquina.

Pasamos casi tocando las baterías de la Punta de San Felipe, y muy pronto dejamos envuelta en nubes y agua la ciudad, hija del mar y que algun dia dormirá en su seno.

La noche era oscurísima. Al través del espeso velo que por todas partes nos cercaba, divisábamos tan solo las blanquizas crestas de las olas y sus negros y amenazadores flancos; pero el espacio de unas á otras aparecía á nuestros ojos como la lóbrega boca de una inmensa sima. Así caminamos hasta las once de la noche, hora en que cenando con buen apetito, y advirtiéndome al capitán me avisase si temia que pudiésemos correr algun riesgo que todavia se presentaba lejano, me acosté vestido.

Apenas habia pasado una hora, cuando el camarero vino á avisarme de que el capitán me suplicaba subiese á cubierta.

Hicelo así, y lo hallé cubierto de un tupido alboroz, sentado junto á la rueda del timon y fumando tranquilamente en una magnífica pipa árabe.

Hízome seña de que me sentara á su lado y comencé entre los dos el diálogo siguiente.

—Me manifestasteis deseos de estar á mi lado en el momento del peligro, y os he hecho llamar, porque este se acerca de una manera espantosa.

—Sin duda quereis asustarme, le dije al ver la tranquila serenidad con que me hacia un anuncio tan poco lisonjero.

—¡Asustaros! ¿Y por qué? Tomaos el trabajo de registrar el horizonte, el color de las aguas del mar, vereis si me equivoco.

Dirigí la vista por todas partes, y ví que en efecto el capitán no se habia engañado. Allí en el fondo del horizonte, divisábase una línea de color sanguinolento que formaba un contraste lúgubre con las nubes negras que en masas informes volaban con rapidez como si fuesen impelidas por una legión de espíritus infernales, á pesar de que el viento habia cesado.

Las olas rodaban en espirales monstruosas y su color de verde oscuro que era, se habia cambiado en otro que tiraba al amarillo.

Después de observar estos síntomas siniestros de un peligro mas ó menos cercano, volví adonde se hallaba el capitán fumando tranquilo en su pipa.

—¿Y qué tal? me preguntó: ¿os decia yo bien que estábamos amenazados de un grave riesgo?

—No lo dudo, capitán; pero apenas puedo creerlo á ver vuestra calma.

—¿Y qué quereis que hagamos? La maniobra seria inútil en este momento, y os aseguro, jóven, que necesitamos economizar nuestras fuerzas y reservarnos para cuando llegue la ocasion.

—En cuyo caso, os repito lo que antes dije: contad conmigo para todo.

—Gracias, gracias, dijo sacudiendo la ceniza de la pipa y colocándola en un estuche magníficamente cincelado.

Entonces observé una cosa que llamó extraordinariamente

riamente mi atención. El semblante del capitán que, mientras fumaba, había conservado una serenidad perfecta, se cambió apenas ocultó en los bolsillos de su albornoz el estuche cincelado. Contrajéronse ligeramente sus cejas, una profunda melancolía pintóse en su rostro tostado por el sol, y sus ojos azules se fijaron en el suelo, quedándose pensativo.

—¿En qué pensará este hombre? me pregunté á mi mismo, admirado del cambio repentino efectuado en su fisonomía.

Esperaba con ansia la explicación de aquel misterio, y muy pronto cesó mi ansiedad, pues levantando la cabeza y lanzando un suspiro dijo:

—¿Qué vida tan triste es la nuestra, amigo mío! Sin mas patria ni hogar que el estrecho recinto de doce pies cuadrados, y entregados siempre al capricho de las olas y los vientos!

Sorprendióme sobremanera el acento melancólico con que pronunció estas palabras.

—¿Qué diablos! le contesté: para vos que sois un viejo lobo marino, teneis ideas muy extrañas. Que dijera yo eso... pase: yo, que soy animal terrestre en toda la extensión de la palabra; proseguí riéndome. ¿pero vos?... Vamos: os chanceáis.

El capitán me miró, sorprendido sin duda del tono ligero con que yo contestaba á su pensamiento expresado en las palabras que acababa de dirigirme. Fijó en mí sus ojos azules, y sonriéndose de una manera extraña, me preguntó:

—¿Y qué encontráis de agradable en nuestro modo de vivir? ¿ó sois acaso del número de los que creen que nosotros los marinos somos de distinta naturaleza que los demas hombres?

—No tal, mi capitán, me apresuré á responder; pero se me figuraba que educados, nacidos quizá á bordo, tendríais un verdadero placer en vivir en vuestro elemento por decirlo así, y que sentiríais cierta repugnancia á la tierra. Además, siempre he creído que afecciones de un marino se limitaban al buque que las manda y á la tripulación que lo obedece.

—Y decidme: aunque fuese cierto lo que decís, no os parece que el marino puede muy bien ser herido en estas afecciones queridas; siendo así que las ve espuestas al capricho de un hombre, no de un hombre, dige mal; ¿de un negociante? Mirad hacia la proa, añadió señalándome un grupo de marineros; ahí veis una docena de hombres que como yo han sido lanzados á una muerte muy probable, porque convenia á nuestro consignatario el que la correspondencia llegase pronto á manos de sus corresponsales. ¿Qué importa que los que están á su servicio sean mutilados, ó mueran ahogados, si consigue vender sus fardos dos ó tres pesos mas caros, merced á la correspondencia que conducimos ó á los géneros que encierra nuestra bodega?

Sobremanera admirado escuchaba al capitán, sin poderme dar cuenta del cambio repentino que observaba en él, que momentos antes me parecia indifferente á cuanto pudiera sucederle. Lo habia creído igual á la mayor parte de los marinos viejos cuya máxima sacramental suele ser esta:

—Buen buque, cuarenta brazas de agua bajo la quilla y la costa mas próxima á mil millas de distancia.

Permanecía yo silencioso mientras hacia estas reflexiones.

—Creo haber oido decir, dijo el capitán viendo que yo no contestaba, que los habitantes de la tierra nos juzgan con alguna severidad...

—No sé lo que queréis decir, le contesté.

—Si; se dice que desconocemos los dulces lazos que unen á los hombres á sus amigos, á sus familias... Un marino no tiene familia, lo olvidaba, añadió con sardónico acento. Se dice que habituados á luchas terribles con el Océano, el corazón del marino se endurece: que los marinos son brutales en su trato: que acostumbrados á una obediencia ciega, tratan á sus semejantes con el mismo imperio y tiranía que si fuesen marineros de sus buques: y en fin, que son enteramente distintos del resto de la humanidad en sus afecciones. Aun habrá algunos que crean de buena fe que no están compuestos de la misma masa que los demas hombres. ¿Sois vos de la misma opinion?

Al dirigirme esta pregunta fijó en mí sus ojos con una expresión tal, que á no haber sido por la oscuridad, quizá hubiera observado la turbación de mi semblante.

Aquel hombre, iluminado apenas por el escaso resplandor del farol del timonel, ocultas á medias sus facciones por el ancho capuchon de su pardo albornoz, parecia una lúgubre aparición precursora del huracán que se preparaba.

Confieso que tuve miedo.

Después de un momento de silencio, dijo:

—Veo que sois como todos los hombres: lleno de necias preocupaciones y absurdos errores. Podeis retiraros si gustais, añadió bruscamente, me engañé al suplicaros subieseis á cubierta; perdonad si os he incomodado.

—Capitán, repuse indignado de sus palabras. Yo no soy negociante.

—No me importa, me contestó volviéndome la espalda.

—Me habeis juzgado mal, repliqué. Soy militar, ó lo he sido al menos. He presenciado, como vos, escenas horribles. He visto á jóvenes cuyo rostro apenas cubria el vello de la pubertad, hundir impasibles el arma homicida en el pecho de uno de sus semejantes: los he visto incendiar, saquear y asesinar, y sin em-

bargo, he visto tambien derramar lágrimas sobre el cadáver de un amigo, á aquellos mismos que momentos antes parecían furias del infierno. Esto os digo, capitán, para que comprendais que el hombre á quien habláis sabe juzgar á los demas, no dejándose guiar por esas necias preocupaciones de que me hablabais poco há, sino por lo que la experiencia le ha enseñado. Ahora, capitán, si deseais que me separe de vos, lo haré, aunque con mucho disgusto.

—Quedaos, joven, quedaos, dijo apretándome la mano; sois acreedor á toda mi consideración. Confieso que fui algo imprudente y hasta brusco en demasía al hablaros con la dureza que lo hice; pero tal es mi carácter.

—Gracias, capitán; yo no extraño vuestras palabras, amargas por cierto, si se considera la fria indiferencia con que somos tratados, los marinos por sus armadores, los militares por los gefes superiores. Aquellos calculan sus ganancias, sin que se les pase por la imaginación los riesgos que corren los que tripulan sus naves: estos hacen lo que vuestro compatriota Wellington en la batalla de Watterloo. ¿Queréis que os refiera lo que dijo? Veia que batallones enteros de ingleses caian á impulso de la metralla de la artillería francesa; pero esperaba á Blucher, y sobre todo esperaba ganar la batalla. Dirigió la vista hacia los batallones que quedaban en pie; calculó con admirable sangre fria el número de hombres que los componian y el de los que morian á cada cañonazo; sacó el reloj, consultó el firmamento y dijo con calma: «Aun tengo carne para una hora, y en este tiempo Blucher ó «la noche llegarán y la victoria no la obtendrán los «franceses.» Y no dió la orden para que cesase aquella carnicería, antes al contrario, espesó las masas de sus batallones ingleses.

—Si, si, eso es, murmuró. Todos son lo mismo. Preparaos, amigo mío, añadió en voz alta, á presenciar una de esas escenas que se reproducen rara vez, y dejad á un lado esas ideas y el recuerdo de esos hombres. Vereis la mano del Omnipotente en una de sus obras mas sublimes: comprendereis nuestra pequeñez: os postrareis ante su airada y terrible Magestad, y si su bondad es tanta que nos permita salir sanos y salvos del riesgo que nos amenaza, tendreis nuevos motivos para serle reconocido.... Pero vos me hablabais de Wellington.... Esperad, esperad, añadió levantándose bruscamente. ¿Veis aquella mole negra que se divisa á nuestra izquierda? Aquel es el cabo de Trafalgar, y estas aguas que avanzan bramando hacia el buque, encubren los cadáveres de muchos miles de hombres sacrificados en aras de la ambición. ¿Oís? Cada ola murmura un nombre.... Escuchad.... esta dice: ¡Nelson! Aquella; ¡Gravina! Mirad allá á lo lejos aquella ola negra y deforme.... aquella grita.... ¡Villeneuve! traidor, ¡cobarde!! oíd, oíd.

Sentí una emoción terrible á aquel súbito recuerdo. Habia olvidado al capitán y hallábame entregado á tristes reflexiones, cuando oí que gritaba con voz que dominaba el ruido del mar.

—¿De rodillas, joven, de rodillas! Pasamos sobre la tumba de mi padre.

El capitán habia bajado su capucha, su frente se oscureció, brillaron sus ojos y se arrodilló: y yo seguí su ejemplo.

El oraba por el alma de su padre, yo elevé mi rezo al cielo por las almas de mis compatriotas muertos en aquella sangrienta y memorable batalla.

En el interin, las olas cada vez mas furiosas, levantaban sus crestas á la altura de nuestros mástiles y en aquel hervidero solo se oia el horrisono fragor de las aguas, el estampido del trueno, el ruido del granizo impelido con violencia por un desencadenado Nordeste, y en medio de este caos disipaba instantaneamente la profunda oscuridad el deslumbrador brillo del relámpago que rasgaba las nubes, y á su resplandor siniestro se veia una columna de negro humo elevándose silenciosamente hacia la atmósfera cargada de electricidad y dos hombres rezando de rodillas sobre la cubierta de un buque próximo á naufragar...

En medio de las locuras de mi juventud habrian pasado desapercibidos para mí momentos tan peligrosos como el en que nos hallábamos. Habia arrostrado la metralla del cañon, el sable de la caballería, los horrores de un asalto.... pero nada de esto produjo en mí ánimo una impresion tan profunda que su efecto durase dos horas: al paso que lo que sentí en aquel momento, no lo olvidaré jamás.

Concluida la oración, levantóse el capitán, y á instantancias mias contóme todas las particularidades del famoso combate en el cual se oscureció y hundió nuestra marina para no levantarse en muchos años, y yo escuchaba embebecido á aquel hombre que con una elocuencia ruda me referia todos los episodios de aquel día terrible. Vi asomarse á sus ojos lágrimas amargas cuando llegó el momento de narrar la muerte de su padre y la mutilación de su hermano mayor. Hizo justicia al heroico valor de los españoles y de las tripulaciones de los pocos buques franceses que tomaron parte en el combate; descubriendo su cabeza al llegar el momento en que el noble Gravina muere peleando, y á aquel otro episodio sin igual en los fastos marítimos, en que el navío mas grande de cuantos surcaban los mares se sacrifica con toda su tripulación, abriéndose como el cráter de un volcan, al simultáneo choque de sus ciento treinta cañones disparados á la vez, sembrando la muerte y el terror en los buques enemigos que lo cercaban por todas partes.

Yo escuchaba con profundo respeto á aquel hombre

que algunas horas antes me inspiraba temor y aversión.

Entretanto la tempestad arreciaba y los marineros se agolpaban hacia la chimenea pálidos y sobrecogidos de espanto, procurando ponerse á cubierto de las olas que inundaban ya nuestra cubierta, y sin atreverse á aventurar la mas ligera observación.

El capitán dirigió una mirada á la columna de humo que salia de la chimenea, y acercándose á los marineros les dijo:

—Hijos míos, vamos á pasar momentos de prueba en que habré menester de toda vuestra destreza y valor. Hijos, preparaos á la maniobra.

—¡Hourra! ¡hourra! contestaron lanzando al aire sus gorras.

—En cuanto á vos, joven, me dijo, os aconsejo os retireis á vuestro camarote. Dentro de cinco minutos barrerá el mar nuestra cubierta y no podreis manteneros en ella sino corriendo los mayores riesgos.

—Yo no me muevo, capitán, le contesté. Amarradme á uno de estos bancos y quizá os seré útil en el trabajo de las bombas.

—Sea así, amigo mío; pero no os descuideis. Voy á dar las órdenes necesarias para la maniobra.

Momentos despues hallábame perfectamente amarrado á uno de los bancos de popa, cerca de la rueda del timon.

Un largo silbido se oyó en el espacio, y el grupo de marineros se dispersó ocupando cada uno su puesto. Uno de ellos subió silenciosamente al tope del palo mayor y cruzadas las piernas en la jarcia, sufría impávido los terribles balances del buque. El capitán se situó sobre el coronamiento de popa y un profundo silencio reinó á bordo.

—¡El estrecho á babor! gritó el marinero colocado de vigia y al impulso vigoroso del timon, el vapor viró de bordo.

Hubo un momento en que el buque crugió por todas sus coyunturas como si fuera á abrirse. Una de sus ruedas se sumergia completamente en el mar lanzando el agua á una altura prodigiosa, mientras que la otra giraba sus paletas con espantosa rapidéz fuera del mar.

El momento era crítico.

Una inmensa ola avanzaba bramando sobre nosotros y su casi encorvada cima amenazaba sumergirnos, pues superaba con mucho en elevación la corola del mástil. En aquel terrible momento me acordé de mi familia, de mis amigos y lloré.

Por un movimiento maquinal, alcé la vista al cielo, en el momento en que un relámpago rasgando el firmamento lo recorria de Norte á Sur, y á su pálido reflejo vi al marinero colocado en el tope, firme como la estatua sobre su pedestal.

Entonces sucedió una cosa extraña.

De repente quedamos inmóviles.

Ni un soplo de aire se sentia.

La embarcación dormia en el profundísimo surco formado por dos olas.

La frente del capitán despedia gruesas gotas de sudor.... Los marineros se arrodillaron.... yo temblé.... cerré los ojos y dirigí al cielo una humilde súplica. El momento solemne era llegado.

Juzgad la impresion que deberá causar la explosión de una mina sobre los que son lanzados por ella, y os formareis una idea de la violenta sacudida que experimentamos al choque de aquella inmensa oleada.

Abrí los ojos desfavorido.... Nos hallábamos á cien pies de elevación sobre la cúspide misma de la monstruosa ola, con un abismo á cada lado.

Un grito horrible, estridente, histérico, uno de esos gritos de desesperación y rabia que nada tienen de humano, fué arrojado por todos los marineros al ver que el naufragio y la muerte eran inevitables.

A este grito contestó el capitán con el de:

—¡Viva la Inglaterra!!

Y con la rapidéz de la flecha lanzada por el arco, bajó el vapor la pendiente de aquel precipicio, y hundió rechinando la robusta proa en el negro flanco de la ola inmediata.

El buque quedó completamente sumergido.

Un sordo zumbido y el sabor acre que sentí en la boca, fué lo único que me persuadió de que aun no habia llegado mi hora.

A poco sentí la mano del capitán y oí su voz que con acento de interés me preguntaba si estaba sano.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamé, ¿vivimos aun?

—Si, amigo mío. ¿Pero os habeis hecho daño? ¿Estais herido?

—No, gracias á Dios. ¿Tenemos que llorar alguna pérdida?

—Mirad, me contestó.

Dos palos habian sido tronchados, y la obra muerta de estribor destrozada completamente.

El marinero que servia de vigia habia desaparecido.

Solo por un milagro habia podido resistir al choque la chimenea, que seguia arrojando un humo denso.

—¡Oh! Mi Royal-Thar no tiene igual en el mundo; exclamó entusiasmado el capitán. Hemos escapado de un gran peligro; Dios quiera que sea el último.

—¿Y durará mucho tiempo este huracán?

—No puedo contestaros, amigo mío. Dios dispone á su antojo de los vientos, y los cálculos de los hombres son otras tantas pruebas de su nulidad ante el poder del Criador que de un soplo los desvanece.

Ya estamos en el estrecho.... Pero.... mirad, mirad, exclamó admirado. Vive Dios que no somos solos corriendo bordadas.

En efecto: un resplandor súbito hirió nuestra vista, al cual siguió el estampido de un cañonazo. Encendiéronse cuantos faros había, y luego divisamos ocho buques de alto bordo que luchaban con las corrientes frente al faro de Tarifa.

El espectáculo era magnífico.

Los ocho buques de guerra se seguían unos á otros conservando la línea recta en sus viradas. Sus cascos, sus baterías y sus jarcias estaban completamente iluminadas. Cada buque disparaba un cañonazo en el momento que viraba, y al pasar á la altura de los que seguían el movimiento, toda la tripulación gritaba: «¡Hourra por la Inglaterra!» ó «¡Viva la Francia!»

Aquellas moles aparecían como fantásticas visiones surcando los mares envueltas en blancos sudarios, pasando y repasando rápida y silenciosamente á través del estrecho, después de hundirse, por decirlo así, en el abismo.

Oíase de vez en cuando la estentórea voz de los capitanes mandando la maniobra: sucedíase un crugido de cuerdas y velamen, y luego todo quedaba en silencio.

Y la fantasma volaba sobre la desigual superficie; y á esta se sucedía otra y otra.

Momentos hubo en que la popa de los buques casi rozaba con nuestra destrozada proa, y entonces veíamos á los capitanes en pie sobre el alcázar de popa, con la bocina de mando en la mano, y á toda la marinería esparcida en la jarcia ó en cubierta, pronta á cargar ó desplegar velas, mirándonos admirados y silenciosos.

Yo estaba absorto á la vista de tan grandioso espectáculo. Ya no me acordaba ni del riesgo pasado ni del peligro presente.

Hallábame como magnetizado en presencia de aquella magestuosa escena.

Admiraba el poder del hombre, sin reflexionar que una ola tan solo, de tantas como rodaban á lo largo del estrecho, sobraba para tragarse hombres y embarcaciones.

Tres horas después despuntaba la aurora, y el Royal-Thar fondeaba bajo los fuegos del peñón de Gibraltar.

¡Gibraltar! ¡Gibraltar! ¡Eterno baldón de la España! ¡Mancha indeleble que nos cubre de infamia!

Allí supimos que los buques que habíamos encontrado en el estrecho eran dos navios ingleses que iban en observación de una división naval francesa que venía del Océano.

Se temía mucho una catástrofe; pero he sabido que dos días después llegaron felizmente á la bahía de Algeciras.

23 de diciembre 1841.

A bordo del Royal-Thar,
J. M. DE GOIZUETA.

SEMANA RELIGIOSA.

La Navidad.

EN LA EDAD MEDIA.—EN NUESTROS DIAS.

Nada hay mas interesante que la serie de solemnidades siempre antiguas y siempre nuevas, que presenta la religion para elevar las fuerzas del hombre á sus inmortales destinos. La Navidad! he aquí uno de esos días consagrados al recuerdo del mas augusto de los misterios, y que al encanto religioso une la inefable dulzura de una fiesta de familia consagrada por la misma religion; esa fiesta cristiana que existe desde la mas remota antigüedad, que se encuentra con placer subiendo á lo pasado, en la que nuestros abuelos se alegraban y regocijaban en la misma época que nosotros.....

A pesar de los disgustos de la vida, la religion ha encontrado el medio de perpetuar de raza en raza, de edad en edad, algunos momentos de solaz y de contento á millones de seres desgraciados. Cuando por los rigores del invierno la tierra se ve despojada de su adorno y los árboles de sus verdes hojas, las familias reunidas en torno del hogar paterno celebran la fiesta del nacimiento de Jesus, que viene á regocijar las almas de los cristianos. ¡Noche grande de salvación y de milagro que los profetas habian anunciado desde largo tiempo! ¡Noche celeste, en que la estrella, feliz mensajero, conduce á los reyes y á los pastores ante la cuna de un Dios redentor!

Para celebrarla se entregan los católicos al júbilo y á la alegría, lo mismo en las populosas ciudades que en las pequeñas aldeas, donde encienden hogueras, y las jóvenes cantan himnos pastoriles, y los niños tocan rústicos instrumentos; admirándose de verse levantados á hora tan avanzada de la noche y en medio de la oscuridad de ella, guardando por mucho tiempo en su infantil memoria el recuerdo de esta fiesta y deseando la vuelta de su aniversario.

La mas hermosa fiesta católica debia ser tambien la mas hermosa de las fiestas de familia; y este fausto suceso se ha celebrado, si bien de distintas maneras, en todas las épocas y en todas las edades.

El año de 4004 de la fundación del mundo, poco mas de mil años después de la fundación del templo de Jerusalem, cuando hacia 754 que se habian levantado los muros de la soberbia Roma, 29 años después de la batalla de Accio, Jesucristo, hijo de Dios en la

eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una virgen. Las grandes contiendas que agitaron el mundo habian cesado. Doce años hacia que disfrutaba el universo de una paz general. La monarquía romana, la última de las cuatro grandes monarquías, que según el profeta Daniel debían sucederse antes del nacimiento del Mesías, se hallaba sólida y cimentada sobre las ruinas de la república. Octavio Augusto era el árbitro absoluto de los romanos, de Roma, y del universo; Herodes era el tetrarca de Galilea; y habiendo cesado el estruendo de las armas, daba lugar á que se oyese la voz de Jesucristo, voz que debia resonar en el desierto y en las alturas del Gólgota.

Augusto manda que todos los súbditos del imperio se empadronen en los sitios que se les indican, con arreglo á sus provincias, sus ciudades y familias; era un encabezamiento general, con el objeto de saber las fuerzas y riquezas de cada provincia. El procónsul Quirino recibe el cargo de formar la estadística de Siria y Palestina. Los descendientes de David son citados para inscribirse en el padron general en Belén, pequeña población de la tribu de Judá á dos leguas de Jerusalem. Quería Dios manifestar al universo entero que Jesucristo era de la casa de David y de la tribu de Judá, como lo habian anunciado anticipadamente todas las profecías.

José y María obedecen como toda la tierra las órdenes de Augusto. Salen de Nazareth, donde se hallaban establecidos, y marchan á Belén. María tocaba el término de su embarazo. Belén, pequeño pueblo, se hallaba lleno de gente. La Virgen María y su esposo, no hallando donde hospedarse, y fatigados por el penoso viaje, se retiran á un sitio abierto á todos, á un portal abandonado que servia de establo á una mula y un buey. En aquel humilde sitio sorprende el momento del parto á la madre de Dios, que si bien da á luz á su Divino Hijo, sin sufrir los dolores que pasan otras madres, no tiene en cambio una miserable cuna en que meterle, ni unos toscos pañales con que abrigo. Así se justifican las palabras que pronunció después Jesucristo: el hijo del hombre no tiene un sitio suyo ni un asilo donde apoyar su cabeza. Empero dos grandes milagros anuncian el nacimiento del hijo de Dios. Tres reyes magos se ponen en marcha desde los países del Oriente, y van á prosternarse ante la cuna de un niño, y á rodearle de perfumes y homenajes. Un ángel que se aparece á unos pastores ocupados en apacentar sus ganados les anuncia que en la ciudad de David ha nacido un salvador, que es Cristo, y que este Cristo es un infante envuelto miserablemente y tendido en un pese-



bre. Así los pastores y los reyes magos, los primeros y los últimos de la tierra, son convocados en un establo para glorificar al hijo de Dios, al rey de los reyes, á aquel por cuyo nacimiento los ángeles habian anunciado á la tierra, gloria en las alturas, paz á los hombres!

Este es el grande misterio que celebran la iglesia y las naciones; la iglesia preparándose antes por medio del adviento, que son las cuatro semanas que preceden á este gran día, consagrado á celebrar el misterio de Belén; institución que sube á los primitivos tiempos del cristianismo y aun al tiempo de los apóstoles; tiempo consagrado en los primeros siglos á la mas severa penitencia, y en que la iglesia ordenaba penitencias á los fieles, pero que con el transcurso del tiempo la iglesia misma lo ha ido modificando y reduciendo á un simple día de ayuno.

La Navidad se celebraba en la edad media como se celebra hoy, pero con la diferencia que naturalmente han introducido las costumbres tan diversas de estas épocas. Entonces los señores y todos los vasallos se adornaban de sus mas ricos vestidos, iban á la habitación del señor principal ó jefe, y allí con toda clase de instrumentos se ocupaban en bailar y cantar desde las nueve hasta la media noche durante los cuatro domingos que preceden á la fiesta de la Navidad. En este

día iban al parque, donde se hallaban encerrados animales que habian secuestrado á los vasallos, haber hecho algun daño en los dominios señoriales, el preboste y el senescal, después de haber hecho la señal de la cruz, y haber dicho tres veces en alta voz la siguiente voz, *pax, pax sit inter vos*, hacia devoto á sus dueños los animales detenidos, indultando á los amos de los daños causados á su señor.

Apenas se habia estinguido la luz del día, los habitantes del país apagaban cuidadosamente sus hogueras, é iban á encender una tea en la lámpara que había en la iglesia en honor de la madre de Jesus. El sacerdote bendecía estas teas ó ramas de árboles paradas con resina, y los habitantes marchaban gregados al través de los campos agitando estas antorchas cuyo fuego bendito y regenerado debia servir para encender la apagada chimenea de su hogar. El resto de esta tea se conservaba cuidadosamente de un año para otro. El padre de familias, acompañado de sus hijos y criados, iba al sitio donde habian guardado el año anterior; y trayendo solemnemente aquellos tizones, el abuelo ó el mas anciano de la familia los colocaba en el hogar, todos se hincaban de rodillas, y recitaban el Padre nuestro, mientras que dos criados traían paasadamente un nuevo tronco. A estos se les llamaban troncos 1.º, 2.º, 3.º, 20.º ó 30.º, lo que significaba que el padre de la familia habia ya presidido una vez, dos, tres, cuatro, veinte ó treinta semejante solemnidad. El tronco que se buscaba para quemar la noche de Navidad era siempre el mas grande que se podía encontrar.

A las doce de la noche todos los juegos y placeres cesaban. Al primer sonido de la campana los fieles marchaban á la iglesia con antorchas en la mano, cuya brillante luz interrumpían solo las tinieblas de la noche. El sacerdote antes de cantar el prefacio tomaba un pequeño plato en que habia un pedazo de pan y una botella de vino, y lo presentaba al Señor, quien después de haber bebido y comido, devolvía el plato y la botella al sacerdote, y este colocándolo sobre el altar, continuaba el sacrificio. Concluida la misa todos los asistentes se retiraban, entonaban cánticos é himnos pastorales, y se volvían á sus casas á calentarse al calor del tronco de Navidad, y á hacer la colación, que no era sino una suntuosa cena en que se reunía toda la familia y todos los amigos.

Desde el siglo V habia tres misas destinadas para la noche y día de Navidad; estas tres misas se tenían en Roma en tres estaciones, que se hallaban indicadas por el papa San Gregorio para el servicio divino. La primera era en la iglesia de Santa María por la noche. En esta iglesia hemos visto nosotros como se conserva con el mas religioso respeto el pesebre mismo donde fué depositado el Salvador del mundo; solo la noche solemne de la Navidad se descubre esta reliquia tan preciosa para el cristianismo; el resto del año permanece cuidadosamente cerrada, y en su lugar solo se ve una magnífica escultura debida al cincel de Bernini, escultura que es la admiración de los extranjeros, y que nosotros hemos muchas veces contemplado. La segunda misa se celebraba al rayar la aurora en la iglesia de Santa Anastasia, cuya memoria es honrada tambien en este día; y la tercera se celebraba en la suntuosa iglesia de San Pedro á la hora ordinaria de las grandes festividades. La primera de estas tres misas tenia por objeto honrar particularmente el momento del nacimiento del Salvador; en la segunda se celebraba el anuncio del ángel á los pastores; y la tercera era la celebración de este misterio tan grande en que Dios se hizo hombre para salvar al género humano.

En nuestros tiempos, á pesar de haberse perdido las costumbres patriarcales, todavía las fiestas de Navidad conservan el colorido y sentimiento de los primitivos.

El pueblo se entrega á todo género de diversiones; hay una tregua para los sinsabores de la vida; y jóvenes y niños recorren las calles con instrumentos rústicos, pastoriles entonando cantares en acción de tan sagrado misterio. Si se ha perdido la costumbre de quemar en el hogar doméstico el tronco de Navidad, subsiste aun la de reunirse las familias y los amigos á celebrar la colación. Es tambien la época del año en que los parientes y los amigos se dan reciprocas muestras de afecto cambiando presentes, que en un principio eran solo de objetos de comer; pero que el lujo, que ha invadido todas las cosas del siglo, ha convertido ya en objetos de mas valor.

Se siguen celebrando las tres misas; empero la mas concurrida por la parte del pueblo que mas conserva las tradiciones antiguas, por la clase menos acomodada y en que menos mella hacen las costumbres del siglo, es la misa de media noche, llamada *Misa del gallo*; misa que por la hora y la clase de gentes que constituyen en su mayoría la concurrencia, así como por la demasiada alegría de que se halla animada por la festividad de la noche, ha sido suspendida algunas veces por las frecuentes irreverencias que se cometían en los templos, siendo doloroso el ver unidas, á tradición tan cristiana, cuando se celebra por la iglesia uno de los mas grandes misterios de nuestra augusta religion, costumbres que se resienten de los tiempos del paganismo.

EL CONDE DE F.

Efemérides religiosas.

Día 24 de 1233. En este mismo día murió en Barcelona San Pedro Nolasco, fundador del orden de

SEMANA MOSAICO.

Nuestra Señora de la Merced, que había nacido en 1193, y estableció su orden de la Redención de Cautivos en 1218, la que confirmó el papa Gregorio IX en 1235.

Idem de 1553. En igual día falleció en esta corte el venerable hermano Anton Martin, compañero de San Juan de Dios. Su cadáver fué depositado en el convento de San Francisco el Grande, y en el domingo de Cuasimodo de 1593 fué trasladado solemnemente al del hospital, que él mismo fundó, de San Juan de Dios, donde en la actualidad existe su bendito cuerpo al lado de la epístola de su altar mayor.

Id. de 1568. En dicho día se rebelaron los moros de Granada contra el rey don Felipe II, habiendo elevado al trono á Bohaya, hombre vil, atrevido y cruel, que sublevó los pueblos de las Alpujarras, é hizo un gran destrozo, quemando los templos dedicados al Señor, y arruinando los mejores edificios, cometiendo los mas bárbaros asesinatos en los ministros del santuario, y en las personas de uno y otro sexo. Todo lo que causó considerable pérdida al legítimo rey Felipe II, hasta que envió á su hermano don Juan de Austria, que con su valor, sagacidad y arrojo, sosegó aquella rebelion, costándole perder bastante gente, y por consiguiente gastos escesivos.

Día 25 del año 40 de Cristo. En este día padecieron martirio los tres benditos pastores que adoraron al Señor en la noche de su nacimiento en Belen, que segun revelaciones de Santa Brigida, se llamaban Jacob, Isaac y Josef, naturales de la Torre de Eder, á quienes se apareció el arcángel San Gabriel, segun lo manifiesta la misma santa arriba citada, y la venerable Maria de Jesus Agreda. Sus sagrados cuerpos se veneran en Ledesma, junto á Salamanca, donde se les celebra.

Id. En igual día del año primero de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo, afirma el erudito Bosquier en sus obras, que la muger del rey Baltasar, uno de los magos que adoraron á Jesus en Belen, parió un hijo, que fué el apóstol San Bartolomé, el cual al instante que salió á luz, milagrosamente se puso en pie por sí mismo, y dijo en voz clara á todos los que se hallaban presentes: «Esta noche en Judea ha nacido el Salvador del mundo;» cuyo prodigio refiere tambien el P. Polo, en el tomo 1.º de las Mansiones de los hebreos.

Día 26 de 315. Fué electo papa San Silvestre I, el que bautizó al emperador Constantino el Grande, el cual dió la paz á la Iglesia, y le cedió para silla de sus pontifices la célebre ciudad de Roma.

Id. de 491. Tal día como hoy murió el emperador de Oriente Zenon, sucesor de Leon Magno: fué católico en las apariencias, pero herege eutiquiano en la realidad, y muy enemigo del papa San Simplicio, por cuyos consejos padecieron mucho los cristianos de su reinado. Fué entregado á la embriaguez y despreciado de sus amigos. Hallándose trastornado, su muger Adriana le hizo enterrar vivo en una caja, en la que á pesar de sus espantosos ayes para que de ella lo sacaran, sus soldados no le hicieron caso, y por último acabó su existencia desesperado.

Día 27 de 1230. En este día entró triunfante en la ciudad de Mallorca el rey don Jaime I, con la protección y ayuda del glorioso San Jorge, despues de un breve sitio.

Día 28 de 537. Dió principio en este día el emperador Justiniano á la obra de la iglesia mayor de Constantinopla.

Id. de 1622. En dicho día pasó de esta vida á la eterna San Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y fundador de la congregacion del Oratorio de su nombre, y de las religiosas de la Visitacion de Nuestra Señora.

Día 29 de 1170. Tal día del espresado año fué muerto en Inglaterra en defensa de la Iglesia y de sus comunidades, el glorioso Santo Tomás, arzobispo cantuariense, primado de dicha ciudad, el que pereció alevosamente, porque se oponia á los decretos del rey Enrique II, que tiranizaba la Iglesia.

Día 30 de 309. En este referido día, lleno de furor contra los cristianos, el emperador Maximiano congregó el senado de Roma, en el cual peroró con toda su falaz elocuencia contra ellos, para encender al pueblo en su ferocidad y perseguirlos de muerte; y estando declamando en su oracion, se suscitó de repente en el cielo una terrible tempestad de truenos, rayos y relámpagos, que atemorizó y llenó de pavor y espanto al senado, y tapándose los oidos huyeron todos como pudieron. Siguióse al huracan un gran aguacero, que inundó los campos, destruyó los ganados, y arruinó muchas casas. Pero serenada la tormenta, quedaron mas obstinados que antes estaban, atribuyendo esta á la furia de sus dioses contra los católicos.

Ademas, el día 24 de 1610, se dió la primera misa en el convento de Santa Isabel de esta corte, que fundó la reina doña Margarita, esposa del rey don Felipe III, en 1589. La iglesia es de bonita forma, la que se concluyó de edificar en 1665, y fué renovada en el siglo pasado. Se compone de cuatro arcos torales, y sobre ellos la media naranja. Contiene muy buenas pinturas, y aunque fueron estraidas algunas en tiempo de la dominacion francesa, se conservan todavia notables la Concepcion del altar mayor, y el Nacimiento, obra del Españoleto, y alguna otra de los artistas Greco, Coello, y otros de los mas célebres.

EL ARABE Y EL PERSA. Los rayos del sol caian perpendicularmente y el arenoso desierto reflajaba como un espejo ardiente todos los fuegos de este rey de los trópicos, y ningun ser viviente se presentaba en aquella hora de mediodia en la superficie de la llanura resplandeciente.

Dos viajeros, un árabe y un persa, hicieron alto bajo la triste sombra de unas miserables acacias.—Hermano, dijo el persa, hé aqui que nuestros fieles caballos han muerto de fatiga; nuestros viveres van á concluirse y el odre que tu llevas, última esperanza de mis secos labios, está para agotarse. ¿Adonde está la palmera cuyos sabrosos frutos anunciabas á mi apetito? ¿Adonde se halla la fuente, cuyas aguas me habias prometido?

El árabe levantó sus ojos y sus manos al cielo:—Alá es grande, respondió, la palmera ha fenecido esta primavera y el Simoun ha secado la fuente.—El persa no lanzó siquiera una queja, mas dejó caer su cabeza sobre el pecho y lágrimas amargas corrieron por sus mejillas.

—Hermano, dijo el árabe, el verdadero creyente no debe agoviarse con el peso de la desgracia, y es pecar delante del Señor el abandonar la esperanza. Dos jornadas nos separan apenas de las tiendas de Chasael, y cuando la pálida luna de Phingary se presente en el horizonte, continuaremos nuestra ruta bajo la proteccion de Alá.

Consumieron el resto de sus provisiones en una sola comida y continuaron su camino de noche; mas la ausencia del sol no alivió sus padecimientos, porque sofocantes vapores se elevaban de la tierra y las estrellas se veian ocultas por encapotadas nubes. Caminaron por fin hasta la mitad del día siguiente, que el árabe se detuvo desanimado, porque el persa sin poder ir mas lejos se habia dejado caer de fatiga.

El persa se enderezó dolorosamente.—¡Oh! exclamó tristemente, una gota de agua! ¡Una gota de agua! Si el odre está vacío, yo voy á morir aquí.—Apenas tu boca ó la mia podrá esprimir la humedad necesaria para llegar al campo de Chasael; ademas si disfrutamos de este triste recurso, nos es inútil y perecemos los dos.... Tu sabes que el odre me pertenece.

El persa se revolcó dando gemidos sobre la arena abrasadora.—¡Oh! ¡yo daría la parte que me corresponde en el Paraíso, por un poco de agua de Bendemir! ¡Oh! ¿por qué he abandonado yo mi palacio de Chirraz y mis jardines en los que el aire es tan fresco, á la sombra de los naranjos? ¡Mi Duilde que me esperaba para la fiesta de las rosas! ¡ya no la volveré á ver, ni á mis hijos, ni á mis queridos hijos! ¡Oh! bárbaro, ¡tú eres el que me condenas á esta muerte horrosa!

—Amigo pongo por testigo al Profeta que sacrificaría gustoso mi vida por salvar la tuya; mas yo tambien tengo muger hermosa, jóvenes y risueños hijos en las colinas de Hílac y me dirian un día al pasar el puente del juicio; padre ¿por qué nos has abandonado?

—¡Así tú dejarás espirar á tu huésped á quien podias socorrer! ¡Tu huésped que ha bebido en tu copa y dormido en tu tienda! Hasta ahora se decia: «El árabe tiene la mano abierta y el corazón fiel, derramará su sangre por su huésped; su pueblo es generoso entre todos los del mundo.» Ya no se dirá esto de hoy en adelante; la gloria de Ismael ya feneció.

El ismaelita meditó profundamente y luego repitió con voz grave y enfática: «El árabe tiene la mano abierta y el corazón fiel.» Alargó el odre á su compañero y envolviendo su cabeza con su capa se tendió en la arena.

El persa bebió y salió del desierto; el árabe murió, mas habia salvado la gloria de su patria, y su nombre sagrado fué trasmitido de generacion en generacion como la herencia mas preciosa de los hijos de su tribu.

UTILIDADES DE LOS ECLIPSES PARA LA CRONOLOGÍA.

Las fechas de algunos acontecimientos históricos pueden ser inciertas ó mal colocadas, por los errores de los contemporáneos, bien por las alteraciones inevitables que sufren los hechos confiados á la memoria humana ó á la pluma de los copistas. Si los anales de los pueblos se hubiesen asociado constantemente á las observaciones astronómicas, y con especialidad á las observaciones de los fenómenos, cuya vuelta puede calcularse con exactitud, se hubiera tenido en la sucesion de los tiempos cierto número de puntos fijos á los cuales se refieren los principales hechos históricos; y si quedase todavia alguna incertidumbre acerca de la época de estos hechos, sería al menos comprendida entre los límites mas probables. Tales son los servicios que los eclipses del sol y de la luna hacen hoy al arte de verificar las fechas.

A mediados del siglo XVIII calcularon algunos astrónomos todos los eclipses que se han verificado desde el principio de la era vulgar, y para hacer su trabajo mas útil aun á las generaciones futuras, llevaron sus cálculos hasta el año 2009. Esto era invitar á los analistas á confirmar el orden cronológico de sus narraciones por el testimonio de los acontecimientos celestes contemporáneos. Los chinos han tenido en todos los tiempos esta misma precaucion, y por eso ninguna cronología es mas auténtica que la de este pueblo.

Hay sucesos sobre los cuales los eclipses han ejercido mayor ó menor influencia, y que no se puede verificar buscándolos la fecha y las circunstancias de estos fenómenos.

FORMAS EXTRAÑAS DE LAS PIEDRAS. Cerca de la isla de Corfú existe una roca que tiene la apariencia de un navio

velado: los antiguos creian ver en él la nave fenicia que conducia á Ulises á su patria y que Neptuno metamorfoseó en piedra para vengar á su hijo Filomeno. Otras dos piedras, la una situada cerca de la costa del país de los Patagones y la otra en las inmediaciones de la costa de California, presentan miradas de lejos la misma forma, y con mucha frecuencia han engañado á los navegantes.

EL MAR. El espectáculo del mar hace siempre una impresion profunda; es la imagen de aquel infinito que atrae sin cesar el pensamiento, y lo cual se pierde tambien sin cesar....

La tierra es trabajada por el hombre, las montañas cortadas por los caminos, los rios se convierten en canales para llevar su mercancia; pero si los navios surcan un momento las ondas, la ola viene al momento á borrar aquella ligera señal de servidumbre, y el mar reaparece en efecto tal como fué en los primeros dias de la creacion.

Miscelánea poética.

Epitafio.

Yace en aqueste sepulcro
Un hombre de tal acierto,
Que una accion buena solo hizo...
¿Cuál fué?... el haberse muerto.

Despiertan á un vizcaino
Que roncaba á toda prueba,
Dándole la triste nueva
De que un aire repentino
A su padre en un camino
Acaba de dar la muerte:
Y responde de esta suerte
Volviéndose al otro lado:
«Mucho será desgraciado.
Mañana cuando despierte.»

Perdió en una Noche-buena.
A los albuces y entreses
Un jugador, todo cuanto
Dinero puso á la suerte.
Ignorantes del fracaso,
A la mañana siguiente
Sus amigos le decian:
«Felices pascuas, don Lesmes.»
Y él con sardónica risa,
Y rechinando los dientes,
Respondia: «Muchas gracias,
Tales las tengan ustedes.»

Un clérigo asaz moreno
Por naturaleza y gracia,
Que pacífico vivía
En un pueblo de la Alcarria,
Recibió para criado
A un rapaz de buena traza,
Descendiente de Pelayo,
Recien venido de Cangas.
Los sábados por la noche
El buen cura acostumbraba
A mudarse de camisa
Antes de entrar en la cama;
Y una noche que caía
De nieve una buena manta,
Mandó al mozo camarero
Que mientras le desnudaba,
Al brasero calentase
La camisa sin quemarla.
Hízolo así, y cuando el cura
Medio cuerpo arriba estaba
Desnudo, ni mas ni menos
Que los que van de reata
Agüantando el vapuleo,
El asturiano con calma
Como aquel que ve visiones
De hito en hito le miraba,
Hasta que el amo, enfadado
Le dijo: «¿Qué haces, panarra?
¿No me penes la camisa?»
Y el buen rapaz con cachaza
Respondió: «Estóime esperanda
Que se quite la sutana.»

RASGOS, AGUDEZAS Y ESTRAVAGANCIAS HISTÓRICAS.

Como habrán observado nuestros lectores por los nombres de los personajes que apuntamos, hemos llegado á la época de la decadencia del imperio romano, y en la que el cristianismo comenzaba á dar visibles muestras de su venidero esplendor. Mucho pudiéramos haber dicho acerca de los mártires; pero sus palabras y hechos, mas que agudezas y rasgos, son digámoslo así, arranques de una resignacion maravillosa en soportar los suplicios, donde solo espresan razonamientos de mansedumbre, que hasta cierto punto carecen de aquella novedad que tanto se distingue en los personajes indicados y en los que aun nos resta que indicar. Sin embargo, en lo que en adelante digamos aparecerá sin duda cierto punto de con-

tacto con las máximas benéficas y saludables que propagaron por el mundo Jesucristo y sus apóstoles. Hecha esta breve manifestación, prosigamos nuestra tarea.

Cierto día oyó Constantino predicar á un sacerdote un panegírico, y entre otras cosas, decía el predicador, que el emperador después de haber dominado gloriosamente á los hombres subiría al cielo para reinar al lado del Hijo de Dios; pero Constantino le interrumpió exclamando:

—¡Sacilego! Basta de lisonjas; no necesito de tus elogios sino de tus oraciones.

Alarico, rey de los godos, marchó contra Roma á la cabeza de un numeroso ejército; intimidados los romanos quisieron entablar condiciones para cuyo efecto le enviaron embajadores. Entre otras cosas le hicieron presente la situación de la ciudad añadiendo:

—¿No ves cuanta gente hay todavía dentro de Roma?

Y Alarico respondió:—Cuanto mas espesa nace la yerba mejor se corta.

En seguida les intimó que le entregasen toda la plata y todo el oro que existía en la gran ciudad.

—¿Qué nos dejas entonces? le preguntaron.

—La vida, contestó. Pero al fin consintió en un armisticio.

Efemérides

ASTRONOMICAS

AL TIEMPO MEDIO.

Día 24. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 36 m. El 11 de la luna; aparece á las 1 y 22 m. de la tarde, y se oculta á las 2 y 12 m. de la mañana. El día dura 9 h., 12 m.; la noche 14 h., 48 m. Los relojes,

arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 11, 59 m. y 58 s.

Día 25. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 37 m. El 12 de la luna; aparece á las 2 y 13 m. de la tarde, y se oculta á las 3 y 3 m. de la mañana. El día dura 9 h., 14 m.; la noche 14 h., 46 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12 y 28 s.

Día 26. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 38 m. El 13 de la luna; aparece á las 3 y 8 m. de la tarde, y se oculta á las 4 y 58 m. de la mañana. El día

dura 9 h., 14 m.; la noche 14 h., 46 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12 y 57 s.

Día 27. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 38 m. El 14 de la luna; aparece á las 4 y 7 m. de la tarde, y se oculta á las 5 y 57 m. de la mañana. El día dura 9 h., 14 m.; la noche 14 h., 46 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 1 m. y 27 s.

Día 28. Sale el sol á las 7 y 25 m., se pone á las 4 y 40 m. El 15 de la luna; aparece á las 5 y 9 m. de la tarde, y se oculta á las 6 y 59 m. de la mañana. El día dura 9 h., 14 m.; la noche 14 h., 46 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 1 m. y 56 s.

Día 29. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 40 m. El 16 de la luna; aparece á las 6 y 12 m. de la tarde, y se oculta á las 7 y 2 m. de la mañana. El día dura 9 h., 16 m.; la noche 14 h., 44 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 2 m. y 26 s.

Día 30. Sale el sol á las 7 y 24 m., se pone á las 4 y 42 m. El 17 de la luna; aparece á las 7 y 13 m. de la tarde, y se oculta á las 8 y 3 m. de la mañana. El día dura 9 h., 18 m.; la noche 14 h., 42 m. Los relojes, arreglados al tiempo medio, deben señalar á las 12 del medio día verdadero, las 12, 2 m. y 55 s.

Escenas de la vida positiva.



Lleve el diablo los tambores.... y los chicos.... y....

Calendario de la Semana.

SANTOS NACIONALES Y ESTRANEROS.

Lunes 24. San Gregorio, presbítero, san Delfino, obispo de Burdeos, santa Tarsila, virgen, santa Eufemia, virgen, santa Emiliania, viuda. Es vigilia con abstinencia de carnes á la solemnidad de mañana.

Martes 25. La fiesta del sagrado nacimiento de N. R. J., santa Anastasia, virgen y mártir, santa Eugenia, virgen y mártir. Bendición papal en san Juan de Dios y en la parroquia de san José, por la cofradía de la Correa, de la orden de san Agustín.

Miércoles 26. San Esteban, proto-mártir, san Dionisio, papa, san Teodoro, sacristán de la iglesia de San Pedro en Roma, san Jarlath, primer obispo de Irlanda. Hoy hay bendición papal en las religiosas Carmelitas, y en Nuestra Señora del Carmen. Es fiesta.

Jueves 27. San Juan, apóstol y evangelista, santos Teófanos, obispo de Nicea, y Teodoro, hermanos. Es día de misa de precepto; pero se puede trabajar.

Viernes 28. La fiesta de los santos Inocentes, santa Melania, viuda. También hoy es día de misa.

Sábado 29. Santo Tomás Cantuariense, obispo, san Gunderico, obispo y confesor, santa Blesilla, hija de santa Paula, san Marrelo, abad.

Domingo 30. La Traslación del apóstol Santiago, san Sabino, mártir, san Eguino, obispo y confesor, san Hilario, obispo.

Gacetilla devota de la capital.

Día 24. En la iglesia parroquial de san Luis, obispo, sigue la solemne novena que se está celebrando á Maria Santísima de la O. Y por la mañana misa á pastorela, y por la tarde procesión de reserva. En las parroquias de san Ginés, santa María, san Justo, Colegio de Loreto y en Nuestra Señora de Gracia, misas llamadas de Aguinaldo, en honor de la Santísima Virgen. En las parroquias, vísperas, y á las doce de la noche misa mayor con toda solemnidad. En la de san Ginés, á las diez de la noche, solemnes maitines. En san Isidro y Capilla de Palacio, ídem á la misma hora. Y en algunas otras iglesias, se cantará también la misa solemne de este día, en obsequio del nacimiento del niño Dios. En la bóveda de san Ginés, al toque de oraciones, los ejercicios de instituto que todos los lunes.

Día 25. En dicha parroquia de san Ginés, á las seis y media de la mañana, habrá misa cantada (llamada de Pastores ó de la Aurora) con la misma solemnidad que la anterior, y á las diez la del pueblo. En la de san Luis concluye la novena de Nuestra Señora de la O. por la tarde, y continúan las misas de Aguinaldo, por la mañana. En las iglesias de santo Tomás, Carmen, Buen-Suceso, san Isidro, Encarnación, conventos y parroquias, misa mayor, que se cantará con mas solemnidad que los demás días. En la Capilla Real de Palacio, asistirán SS. MM. en público á misa de pontifical. En san Antonio de los Portugueses se hará el acostumbrado culto á su santo titular. En el convento de monjas del Sacramento, se solemnizará los tres días de Pascua con misa cantada de pastorela, y por la tarde la reserva. En la iglesia de Servitas y oratorio del Olivar, ejercicios como día clásico. En la parroquia de san Millán, dará principio la devota novena á Nuestra

Señora de Belén, que no será seguida, continuándose solamente los días 26, 27, 28, 29, 30, 31, 1.º y 6 de enero próximo. En la de san José, por la tarde, ejercicios y bendición papal á los fieles, por el orden de san Agustín.

Nota. San Telesforo, papa, instituyó que en este día primero de Pascua de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo pueda cada sacerdote celebrar tres misas, é Inocencio III concedió pudiesen percibir limosna por cada una, ganándose indulgencia plenaria por cada una que se oiga. Varios autores las interpretan, la de la media noche, significando al pueblo que estaba en oscuridad, por eso se dice de noche. La segunda del alba, denotando al pueblo hebreo que tenía alguna luz del cielo, aunque poca, por ser bajo sombras y figuras. Y la tercera de día claro, manifestando al pueblo cristiano que tenía ya claro conocimiento de Dios. Otros santos padres, dicen, significan que nació Jesucristo por los que vivieron en la ley natural, escrita y en la de gracia.

Día 26. En las mismas iglesias de ayer, misa mayor á la hora respectivamente acostumbrada, en obsequio del día. En la capilla del Monte de Piedad, por la tarde, ejercicios por la Escuela de Maria. Y por la noche, en la citada bóveda.

Día 27. En la parroquia del Salvador, solemne función todo el día al glorioso san Juan Evangelista, patrono del colegio de escribanos de número de esta villa. También se celebrará misa mayor en donde y como antes de ayer queda indicado. En santa Cruz, san Lorenzo, san Pedro, san Ginés y san Isidro, misas de renovación al Santísimo Sacramento, como todos los jueves, y en esta última parte vísperas de primera clase á los santos Inocentes.

Día 28. En los dos monasterios de Salesas, se celebrará al tránsito de san Francisco de Sales, fundador de aquella religiosa orden. En la real iglesia de san Isidro y en la de san Justo, solemne fiesta por los acólitos en celebridad y memoria del día. En la capilla de Jesus Nazareno, se le hará el obsequio de costumbre como viernes que es. En san Luis, concluirán las misas de Aguinaldo y funciones á la Virgen de la O. En la iglesia de Trinitarias, por la tarde, y en el oratorio de Cañizares y bóveda de san Ginés, por la noche, ejercicios espirituales.

Día 29. En los conventos de Mercenarias, santo Domingo, san José, santo Tomás, Carmen, Desamparados, Atocha, Portugueses, Recogidas, Escuelas Pías, Rosario, Virgen de Gracia, san Francisco y en santa María, se tributará el obsequio semanal á la Santísima Virgen Maria. En el primer monasterio de Salesas Reales, se hallará el Señor de manifestado todo el día.

Día 30. En la iglesia de señoras Comendadoras de Santiago, fiesta al santo apóstol en memoria de su traslación, á la que asistirá el capítulo de caballeros de la misma orden. En la parroquia de san Millán continuará la novena de Belén, y estará S. D. M. espuesto todo el día. En las parroquias, san Isidro, Capilla real de Palacio, Buen Suceso, Carmen, santo Tomás y en la Encarnación, á las once y media, misa mayor como los demás domingos. En los oratorios del Espíritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, Servitas, Arrepentidas, san Cayetano é Italianos, ejercicios de Dominica, y en la última del retiro mensual. En las capillas de Chamberi y en la de la V. O. T. de san Francisco, iguales ejercicios que los anteriores.

DISTRIBUCION DE CUARENTA HORAS.

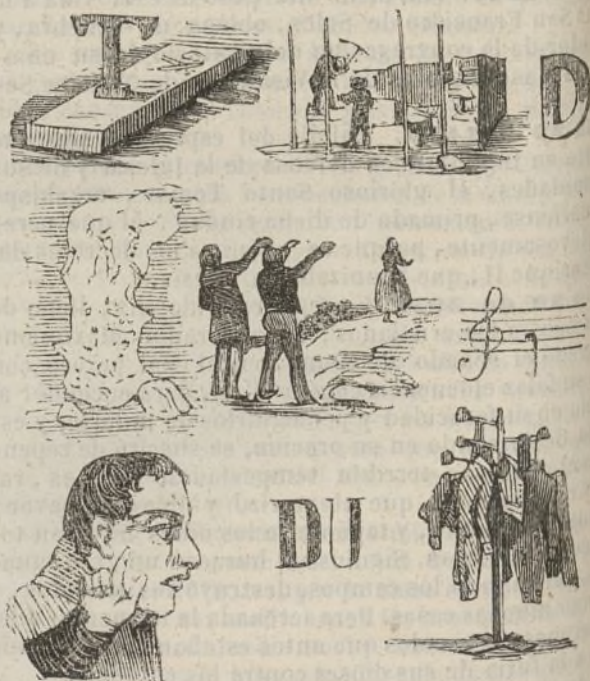
Se gana la indulgencia plenaria de este santo jubileo, en las iglesias siguientes. En san Luis hoy día 24; en el convento de religiosas del Santísimo Sacramento 25 y 26; en el monasterio de Salesas (al Barquillo, 27 y 28; en san Millán 29, 30 y 31.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 24. Se celebra á san Delfin en Pamplona.

Día 29. A santo Tomas Cantuariense, en Dos Barrios de la Mancha. Además, el día 31, en Valencia, á Nuestra Señora de la Leche.

LOGOGRIFO.



La solución en el número inmediato.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

LA NOVELA ES LIBRO DE MERO PASATIEMPO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.